

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2 - Número 10 - Mayo de 2021

RESEÑAS:

El Tríptico de Granola
(José Miguel Martínez)

Por Juan Ignacio Colil

A veces lejos del rumor del mar
(Verónica Silva)

Por Eduardo Contreras Villablanca

Estación Yungay
(Eduardo Contreras V. y Cecilia Aravena Z.)

Por Gonzalo Hernández S.

EXTRAS:

Entrevista: José Miguel Martínez

«La Pitonisa» cuento clásico de Karel Čapek

«Eufemismos mortales», artículo por Helios Murialdo

CUENTOS:

«Astillas de Coigüe»

Gonzalo Hernández S.

«Ojo por ojo»

Gabriela Aguilera

«La noche está estrellada»

Helios Murialdo

«Letrina»

Julián Avaria-Eyzaguirre

**«Asesinato en la
Sociedad de Escritores de Chile»**

Tercera parte y final

Iván Quezada

CÓMIC:

MAX CANALLA

Guion: Vancho

Dibujos: Kampf





03 / CUENTO

ASTILLAS DE COIGÜE

Gonzalo Hernández S.

06 / RESEÑA

EL TRÍPTICO DE GRANOLA

Juan Ignacio Colil

07 / CUENTO

OJO POR OJO

Gabriela Aguilera

10 / RESEÑA

A VECES LEJOS DEL
RUMOR DEL MAR

Eduardo Contreras Villablanca

12 / CUENTO

LA NOCHE ESTÁ ESTRELLADA

Helios Murialdo

15 / RESEÑA

ESTACIÓN YUNGAY

LOS AÑOS EN QUE VIVIMOS TUTELADOS

Julia Guzmán Watine

17 / CUENTO

LETRINA

Julián Avaria Eyzaguirre

20 / NOVELA CORTA

ASESINATO EN LA SOCIEDAD DE
ESCRITORES DE CHILE

Iván Quezada

25 / CÓMIC

MAX CANALLA

VANCHO / KAMPF

29 / ENTREVISTA

JOSÉ MIGUEL MARTÍNEZ

32 / CUENTO CLÁSICO

LA PITONISA

Karel Čapek

35 / ARTÍCULO

EUFEMISMOS MORTALES

DE SHAKESPEARE A NIXON

Helios Murialdo

EDITORIAL

¿Qué leer del género?

Si uno es fanático del género policial y negro, cuesta y elegir qué leer. Hay demasiados autores y libros que merecen atención, ya sea lo nuevo en el mercado o los clásicos que rondan. Decía mi madre, fiel al género: no dejes de leer a Sherlock Holmes, a la Agatha Christie y su Hércules Poirot, a Georges Simenon con el comisario Maigret; y también al padre Brown de Chesterton: sería pecado no considerarlos.

Luego, digo yo, recomiendo seguir con Dashiell Hammett, Ross MacDonald, Chester Himes y William Irish; Vázquez Montalbán y Camilleri; Ruth Rendell y Patricia Highsmith; Mankell... Son los grandes de siempre, maravillosos, originales, sorprendentes. Si alguien me pide elegir entre los maestros, me inclino por Chester Himes, no sólo extraordinario novelista y cuentista, sino además un autor afroamericano paradigmático. Si hablamos de cuentos, los de Hammett son a mi juicio imperdibles. En cuanto a novelas, la serie de Ripley, por Patricia Highsmith, es cumbre del género.

Tampoco hay que olvidar el interesante mundo de los subgéneros, como la novela de espionaje (Fleming, Le Carré), el *thriller* (Hiaasen, Leonard), la narrativa de crímenes reales (Ellroy), las series de procedimientos policíacos (Ed McBain, Janwillem van de Wetering, P.D. James), el enigma en cuarto cerrado (John Dickson Carr, H. Bustos Domecq), la novela negra psicológica (Margaret Millar), la novela de enigma histórica (Ellis Peters), el policial fantástico (Michael Burt), la novela policial o negra escrita por grandes autores ajenos al género (Capote, Faulkner, Graham Greene), etc. Cada cual puede encontrar su preferencia. Y también los originales detectives de Bill Pronzini, Linda Barnes, Donna Leon, Dorothy Sayers, Veronica Black, Rubem Fonseca, Sara Paretsky, Ramón Díaz Eterovic y un larguísimo etc.

Tengo mi lista top ten de novelas policiales/negras. Sin orden de precedencia: 1. *La máscara de Dimitros*, Eric Ambler. 2. *Di adiós al mañana*, Horace McCoy. 3. *La estatua del terror*, Fredric Brown. 4. *Fuego en la carne*, David Goodis. 5. *Muerte de un lago*, Arthur Upfield. 6. *Ladrón de tiempo*, Tony Hillerman. 7. *Traidores a todos*, Giorgio Scerbanenco. 8. *El alegre policía*, Sjöwall y Wahlö. 9. *1.280 almas*, Jim Thompson. 10. *La dalia negra*, James Ellroy.

Podría haber otra lista, cada aficionado enarbola la suya... Por ahora, en este número de **Trazas Negras** vienen cuentos de Helios Murialdo, Julián Avaria, Gonzalo Hernández y Gabriela Aguilera; una entrevista, un artículo sorprendente y reseñas varias. Se completa la novela corta sobre un crimen en la SECH. No fallan, por cierto, el cómic y el cuento clásico...

Bartolomé Leal
Director

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

Astillas de Coigüe

Por Gonzalo Hernández S.

Cristo lo mira con la cara embadurnada de sangre, los ojos y la boca desencajados. El gesto que concentra todo el dolor terrenal en el misterio del Dios hecho carne. La escena transcurre bajo un cielo sombrío. Alguien sin rostro lo sujeta de los brazos mientras un legionario descarga martillazos sobre un clavo enorme en la palma de su mano. El Salvador debe estar en la cumbre de su padecimiento, piensa Agustín Pizarro, a quien desde pequeño esa escena le produce una honda impresión. Entonces la contemplaba en la Biblia de su abuela, en la casa de la población en donde creció, en Padre Las Casas. Ahora, que tiene cuarenta y siete años y ha progresado en el mundo, posee un cuadro de grandes dimensiones que reproduce esa imagen en el salón central de su hacienda, en la provincia de Gorbea.

El hombre está sentado en un sillón color luma. En su mano hay una copa de vino, su rostro poblado por una barba entrecana. El cuadro, cuyo autor es anónimo, luce alumbrado con luces bajas que dan una atmósfera de solemnidad teologal. No hay más que silencio a su alrededor. La mirada de Cristo, piensa el observador, es a su manera otro clavo de nueve pulgadas atravesando carne humana, huesos, cartílagos, todo eso que se transmutó para consumir Su Sacrificio. Pizarro sufre con Él, paladeando la textura frutosa del vino en su garganta.

Tras acabar la copa, se pone de pie y se dirige a la sala contigua, donde hay un televisor encendido, aunque en modo mudo, con un libro de salmos encima. En la pantalla se ve su rostro hablando con gestos acalorados. Pizarro contempla un instante su imagen y luego coge el control remoto para darse volumen. El cuarto se inunda con sus palabras:

—Así lo dijo el Cristo de Salvación, hermanos. ¡Sean fecundos, multiplíquense! ¡Pueblen la tierra en abundancia! ¿Y qué es lo que vemos hoy? ¿Qué es lo que escu-

chamos de las palabras de esos llamados liberales, o progresistas? Que las familias deben ser reducidas, ¿y por qué? Pues porque según estos ateos perversos, escúchenlo bien, la causa de que exista pobreza es la sobrepoblación, ¡y no los pecados de los hombres!

Pizarro observa sin soltar el control remoto. No es cien por ciento fiel con las Escrituras, pero lo que importa es la convicción. La feligresía no pide rigurosidad, y menos por televisión. En la pantalla viste una camisa blanca con franjas negras verticales, lo que le quita de encima varios kilos.

—Son las señales del fin de los tiempos —prosigue su discurso—. El Libro nos advierte de la venida de falsos profetas, emisarios de la Bestia, ¡enemigos de la raza humana! ¡Y ya están acá, entre nosotros! Detrás de ellos hay intereses inmensos, colosales. ¡El poder de Satanás no debe ser subestimado! La batalla entre la Luz y las Tinieblas se está librando acá, en nuestro país. Es por eso que debemos ser fuertes, hermanos míos, y no dejarnos arrastrar por...

El mensaje es claro, comprueba satisfecho. Su elocuencia se ha ido perfeccionando con los años, lo que sin duda es una recompensa del Señor a su dura labor.

—Vamos a las Escrituras, queridos fieles. Recuerden la carta de Pablo a los romanos, 5-12: *Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo... y por el pecado la muerte... y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron...*

Deja que se instale un silencio enigmático, lo que siempre debe seguir a la palabra del apóstol. Algo que aprendió hace más de veinte años, cuando daba sus primeros pasos en el arte de la prédica, en el penal de Temuco.

—Ahora les pregunto, hermanos míos. ¿Quiénes son esos que hacen entrar el pecado en el mundo? ¿Son mu-

chos, miles, he ahí nuestro gran desafío! Son los defensores del aborto, aquellos que afirman que la sobrepoblación es mala. Son los ecologistas, que creen que Dios permitiría que los seres humanos, fruto de Su Creación, destruyan su propia naturaleza. Y también son todos esos científicos, blasfemos de corazón, que defienden y alaban a Charles Darwin, el mayor anticristo de la historia. ¡Aprendamos a reconocer a nuestros enemigos y llevémoslos sin titubear al sacrificio!

Los faros de una camioneta alumbran detrás de las gruesas cortinas de lino. Debe ser Teófilo, quien le avisó que vendría a dejarle un regalo. Pero Pizarro no quiere perderse justo esa parte del mensaje.

—Dios envía a sus enemigos nuevas enfermedades, terremotos, incendia los cerros en Valparaíso. ¡Son señales, hermanos! ¡Es el camino equivocado que toma nuestra sociedad en vísperas de la Gran Guerra! Vamos nuevamente al Libro, a Samuel, 17-46: *Hoy mismo te entrega Yahveh en mis manos, y yo te derribaré y te cortaré la cabeza*—tras el silencio de rigor, sigue la exclamación enfática—. ¡Que no nos tiemble la mano, hermanos! ¡Evitemos que se propague la semilla de la degeneración y la blasfemia!

Apaga el aparato y va a su dormitorio. Ya tendrá tiempo de ver el programa completo en Internet, en la página del canal regional, cuya audiencia crece de a poco. Tras abrigarse con una chomba, se dirige a la amplia cocina a leña que calienta el hogar, dispuesta en el recibidor contiguo. Revisa el fuego, lo alimenta con un par de palos, revuelve con el atizador y cierra la compuerta. Afuera, las luces de la camioneta se apagan y suena un bocinazo corto.

Ahí lo espera Teófilo, de pie al lado de la camioneta. Es macizo, de tez morena y mirada infantil. Un excelente trabajador, muy devoto, predispuesto al Bien. Hombre de su completa confianza. Comentan algo relativo a las reparaciones que se llevan a cabo en el templo, camino a Lumaco. El empleado le informa de cifras, tarifas, regateos con cierto jefe de obras, mientras Pizarro, sutil, desvía su atención hacia el asiento trasero del vehículo. En su interior, envuelta en mantas de colores, dormita una criatura.

Al advertirlo, Teófilo abre la puerta y arrulla a la bebita, musitando *tchh, tchh*, para luego entregársela al predicador. De paso informa que tiene tres semanas, a lo sumo cuatro; también que fue engendrada por una pareja de jipis que viven en pecado, en una parcela a la salida de Freire.

Entretanto, la niña ha despertado en medio de quejidos. Pizarro la mece en sus brazos y acaricia su frente, que es lo único que se deja ver. Luego la lleva hacia el interior de su hogar para contemplarla bajo la Luz del Señor. Su criado lo espera afuera, a sabiendas de que su patrón debe hacer eso a solas.

El pastor destapa el rostro y lo sitúa bajo la luz que ilumina el cuadro del martirio. La niña mira un punto impreciso de la pintura, revolviendo sus manitos en el aire tibio. Entonces es cuando la ve. Ahí está, invisible a la percepción del resto. *La potencia oscura*. Es un regalo de Cristo el saber reconocerla, junto con el don de la palabra. Sabe que a través de ella el Señor lo bendijo con una misión terrible, pero necesaria para defender Su Obra.



No es preciso un segundo examen. Su percepción es un conocimiento tan certero e indiscutible como el mensaje del apóstol. Deja a la criatura en un sillón, protegida por unos cojines, y sale de vuelta a la noche para darle las gracias a Teófilo. También le entrega algo de dinero para sus gastos. El empleado se retira contento, haciendo sonar su bocina en señal amistosa. Pizarro prefiere no saber la manera en que consiguió hacerse de la ofrenda. Nunca hace preguntas. Sabe que sus fieles tienen sus propios métodos y técnicas, pero no le interesa conocerlas. Él se remite a lo espiritual.

Cuando la luz de los focos se pierde en el camino empedrado, el pastor se dirige de vuelta a su hogar, desde donde sale nuevamente, ahora con la niña en sus brazos, para encaminarse a la parte trasera, más allá del corral de los pollos y de la caballeriza. Ahí la leña se acumula en un espacio seco, bajo un cobertizo que Teófilo construyó el verano anterior.

Apoya a la infante, que ahora llora con ganas, en una raíz gruesa que sobresale de la tierra. Pizarro la contempla por última vez, como Abraham en su sacrificio. Un gesto de amor. Solo que eso que tiene al frente es la serpiente, la Górgona, una hija de Lilith. Quizás una futura liberal,

o incluso una darwinista. Ahora lo mira inocente, bajo la forma de un alma nueva. Pero no debe ceder a la tentación demoníaca del enternecimiento.

Cobra impulso con su espalda y descarga el hacha. La sangre salpica la tierra bajo sus pies y alcanza parte de sus botas. Habrá que lavar todo eso más tarde. Lo importante es que la cabecita rodó con el primer golpe, y así el alma dejó de sufrir. Ahora solo resta trozarla.

No le demanda mucho tiempo. Las partes son pequeñas y ceden con poco esfuerzo. Quince minutos después vuelve al interior con los restos en una caja recubierta de un plástico grueso, para evitar que escurran los líquidos. Abre la cocina. El infierno está vivo. Mete un brazo, luego las piernas, junto a un puñado de astillas de coigüe que arden con rapidez. A continuación, siguiendo el rito, arroja la bolsa con los órganos diminutos: el hígado, el corazoncito, los pulmones, para finalmente cerrar la compuerta.

Se retira a su dormitorio en paz, sabiendo que el mal en potencia de esa futura enemiga de la humanidad se purificará con el fuego. Para ello no hay prisa. Las noches son largas en esa época del año. **TN**

Gonzalo Hernández Suárez

(Santiago, 1978). Es licenciado en Filosofía y profesor universitario. Ha sido cajero, junior, periodista, jornalero en una pesquera, entre otras actividades. Ha impartido talleres literarios en la ex Penitenciaría de Santiago, en la cárcel de Colina y en diversos centros del Servicio Nacional de Menores. Bajo el sello editorial Tajamar Editores, ha publicado las novelas *Colonia de perros* (2010), *El mal de Hugo* (2012), y *Entre lutos y desiertos* (2016). Esta última transcurre en Copiapó, en el desierto de Atacama. Dos relatos suyos figuran en las *Antologías 10 cuentos negros de autores chilenos* (Editorial Nuevo Milenio, Cochabamba, Bolivia) y *Santiago canalla* (Ediciones Espora, 2019).



Investigando humanos

Eduardo Contreras Villablanca
Cecilia Aravena Zúñiga

www.espora.cl

El Tríptico de Granola, la genealogía de la sangre

de José Miguel Martínez



Por Juan Ignacio Colil

Tríptico de Granola (2020) es la última novela de José Miguel Martínez, publicada por Tamar Editores en Chile y en España por Tres Puntos Ediciones.

En ella se cuenta la historia de Granola, un asesino, un femicida, un personaje singular que pareciera un secundario de una película de gangsters, pero acá es el centro de la atención.

La novela está formada por tres grandes relatos: «Una genealogía», «Ocho balas» y «El revólver de la familia», estos tres grandes relatos corresponden a diferentes testimonios recopilados por el detective Gustavo Bernal, quien fue herido por Granola y que una vez postrado decide buscar al verdadero Granola, descubrir que es lo que se esconde bajo esos rasgos de hombre duro, ausente. Las voces van contando las diferentes vidas o facetas de la vida de Granola, desde la llegada de sus antepasados al sur de Chile, hasta su enfrentamiento final, pasando por el amor, su juventud, su paternidad y una especie de vida alterna que quiso construir en Punitaqui, alejándose del mundanal ruido y de su rutina de muertes.

La novela se lee muy rápido, logra generar interés en el lector, interés por conocer la historia del personaje y la forma en que se desarrollará el desenlace, porque se sabe desde el inicio que las cosas van mal. La obra se lee como una especie de collage, que muestran desde diferentes partes la vida, el origen, el ascenso y la caída de este personaje. Un personaje que actúa desde las sombras, que no desea estar en el escenario ni construir una fortuna, es como si quisiera mantenerse al margen de la foto de la existencia, pero la circunstancias, la sangre lo empujan cada vez más, hasta que ya no tiene retorno. Nunca buscó

ese retorno. Granola no le hace el quite a lo que debe enfrentar.

El personaje pareciera a primera vista un simple asesino, pero poco a poco nos vamos dando cuenta que es un ser complejo, atormentado, que lleva en su espalda una carga familiar y que el futuro para él no existe. En varios momentos de la novela asistimos a sus disquisiciones que nos hablan fugazmente de un tipo que ha reflexionado desde muy temprano sobre su vida y la de los demás, pero hay una brecha insalvable entre él y los demás, lo que lo convierte en un sujeto frío para el resto, sin humor, sin tema de conversación.

Leyendo *Tríptico de Granola* uno comprende desde el principio que el personaje no tiene salida y que tampoco está en su ADN buscarla, se enfrenta de esa forma a una sombra que lo persigue desde el nacimiento. La relación del protagonista con su padre y con su madre es uno de los nudos que ata a Granola al pasado y que también lo proyecta al futuro. En ese futuro no tiene cabida el amor o lo que se le parezca. No es bueno contar los detalles de la obra.

La novela tributa a los *western* clásicos, de hecho se nombra a algunas de estas obras memorables y es una de las pocas aficiones de Granola. Hay tipos duros, duelos, balazos, venganza, una especie de moral de hombres duros que recorre a los personajes. Podría ser un *western* italiano chileno.

Una buena novela que debe leerse. TN

La ficha del Rata consignada por el médico del Servicio de Urgencia del hospital, protocolizaba: «Ingresa con fecha 3 de Noviembre de 2003, a las 22:30 horas, el paciente fallecido Gustavo Ismael Soto Galleguillos, traído por la unidad número 046 del centro de ambulancias, con asistencia básica. Se constata ausencia de signos vitales. Se aplican maniobras de reanimación por espacio de 20 minutos. Se evidencian lesiones atribuibles a terceros, consistentes en contusiones y herida cortante en arteria femoral, con trayecto descendente. Causa probable del deceso: anemia aguda».

La noche había tenido bastante movimiento. Pascual entró al turno de las ocho y se preparó para una jornada como tantas otras, en que no había un minuto de sosiego.

Pascual había crecido en Puerto Montt, en un paraje alejado de la ciudad, en el que el tiempo tenía un ritmo pausado que prolongaba las actividades más allá de los imperativos del reloj. Sin embargo, se había acostumbrado a la urbe vertiginosa y sus días estaban marcados por los turnos. Al principio, pensó que aquello sería un trabajo fácil, en el que, con algunos conocimientos y buena voluntad, podría salvar la vida de muchas personas. Después de algunos años de ejercer como paramédico, Pascual estaba muy bien considerado en el servicio. Familiarizado con todo tipo de emergencias, actuaba con sangre fría y eficacia cuando tenía que cumplir con un procedimiento. Lo que más le gustaba era subirse a la ambulancia y correr por las calles, sin restricciones de tránsito.

Aquella noche, apenas tuvo tiempo para ponerse el delantal, cuando le avisaron que debía recoger a dos heridos en un choque. En cuanto regresó, lo llamaron para que ayudara a una mujer que estaba dando a luz en la calle, al lado del supermercado. A las diez de la noche, Pascual es-

ta cansado, con la ropa manchada y aunque no tenía sueño, bramaba por un café.

En ese momento le comunicaron que tenía que ir a buscar a dos tipos que habían peleado a cuchillo, justo en la calle que colindaba con la escuela.

El chofer vacilaba.

—No me gusta ese sector. Acuérdate que la última vez que anduvimos por ahí, nos asaltaron y casi se roban la ambulancia... —le dijo a Pascual.

—Tenemos que ir. Ahora no hay otra unidad, pero no te preocupés... me bajo yo no más.

Cuando llegaron al sitio, algunas personas se congregaban alrededor de un hombre caído en el suelo. Un reguero de sangre, de un rojo casi negro, salía de su pierna y formaba un charco a un costado de la acera. Poco más allá, otro hombre estaba sentado afirmando la espalda en un árbol escuálido. Con la mano derecha se apretaba la izquierda, en la que tenía un torniquete improvisado que le había hecho algún vecino.

Pascual se bajó de la ambulancia y se acercó al grupo. La gente se hizo a un lado y en ese momento aparecieron los carabineros que empezaron a despejar el área.

—¡Lucho, corte en la femoral! Ya comprimí pero está casi listo. ¡Tenemos que partir altiro! —gritó Pascual.

El herido, fue puesto en una de las camillas de la ambulancia, mientras su contrincante, que había subido por sí mismo, se acostaba en la otra. Pascual examinó con más cuidado al hombre inconsciente. Era gordo, de alrededor de sesenta años. Vestía un pantalón delgado de color café oscuro y una camisa a cuadros. No se había afeitado en varios días.

El de la mano herida se quejaba. Pascual se sintió exasperado. Lo más seguro es que hiciera todo aquello con el fin de que se agravara su expediente de lesiones, tal

vez porque pensaba que podía sumar atenuantes respecto de la condición en que había puesto a su compañero.

Luego de conectar al paciente al oxígeno, Pascual subió la manga de la camisa a cuadros para introducir la mariposa del suero. Entonces se quedó mirando el águila en el antebrazo, un águila que se mantenía quieta, salvaje, omnipresente, saltando de cada uno de los sueños y las pesadillas que tuviera los últimos veinte años, concibiendo a ese hombre, inventando sus rasgos, basado apenas en imágenes borrosas y un vago movimiento del águila entre las hojas.

Se acercó para verla mejor pero la marcha y la iluminación de la ambulancia le impidieron examinarla con el detenimiento y la acuciosidad que hubiera querido. Sabía que el águila era la misma, que aquel hombre era el mismo, que aparecía frente a él, sin aviso, sin explicaciones, en una noche de primavera, dejándolo con la actualización del recuerdo, el dolor de recuerdo, la impotencia de ese recuerdo.

—¿Sabís cómo se llama este hueón? —preguntó al hombre de la mano herida.

—Es el Rata. Tenés que conocerlo. De nombre si quiera —le contestó.

Había oído hablar del Rata. Todos en la población y quizás más allá, sabían quién era el Rata. Pero Pascual nunca lo había visto, ni menos aún, su águila tatuada.

—Fue maletero el culiao. Me estuvo esperando y se me fue encima justo cuando iba pa la avenida a tomar la micro. Me la tenía jurada hacía tiempo y por eso yo andaba con cuchilla... ya sabís... pa defenderme no más. Bueno, le di fuerte... Es que se está poniendo viejo.

A Pascual no le interesaban esos detalles. Sólo le importaba ver cómo el hombre tendido en la camilla trataba de respirar, cómo se movía su pecho, ascendiendo

y descendiendo con el ritmo sincopado de sus pulmones. Aún sangraba.

Pascual miró hacia la ventanilla. Las calles pasaban ante sus ojos entre los resquicios que dejaba la pintura saltada de los vidrios. Le pareció estar otra vez en el bajo, llamando a su hermana, mientras el sol empezaba a ocultarse entre los cerros; su hermana no le contestaba porque no podía. Le pareció haber caminado de nuevo una distancia enorme y agotadora para sus cinco años, sin zapatos, clavándose las espinas de las zarzas, hasta llegar al río, donde encontró el chaleco de la Juana, con una de las mangas metida en el agua. Le pareció estar allí, envuelto en los quejidos que nunca podría olvidar, acercándose a las nalcas con miedo, espiando entre las hojas para encontrarse con su hermana, debatiéndose bajo el cuerpo enorme de aquel hombre. Lo miró sin verlo del todo. Sólo podía distinguir algo de pelo oscuro, un pedazo de carne en el que volaba un águila. Estuvo ahí, asustado, sin atreverse a salir ni gritar, paralizado tras las matas, sin llorar, mientras su hermana era golpeada, mordida y abandonada poco más allá de donde se encontraba él, enclenque, pequeño, acobardado y rabioso. Y después vio a su hermana, una niña como él, arrastrándose hasta el río, lavándose sin dejar de llorar, tratando de encontrar su chaleco pobre y de amarrar de alguna manera sus trenzas deshechas. Entonces Pascual pudo salir de su escondite y acercarse, abrazarla y llorar con ella, sin dejar de pensar en el poder de esa águila que volaba por sobre su cabeza y dentro de ella, para siempre.

Pestañeó como si hubiera despertado. Dejó caer la mariposa y poniendo la mano en la mascarilla, la quitó del rostro del Rata. El hombre se ahogó, asustado y abrió los ojos, tremendos, tratando de tomar aire con una inhalación profunda. Se encontró con el rostro de Pascual,

rígido e imperturbable. El Rata lo miró, balbuceando una pregunta que no alcanzó a cuajarse en su boca. Lo miró intentando traspasar los ojos fríos y decididos de Pascual. Lo miró hasta que se hundió en el pozo profundo de esa mirada, hasta que halló el recuerdo lejano de otros ojos, tan parecidos, tan iguales a éstos, que lo habían mirado a él, llenos de pavor. Los ojos de esa niña desnutrida que él había aplastado entre las nalcas.

El Rata quiso gritar, trató de moverse, pero en ese momento la ambulancia dobló y él cayó al suelo. El hombre en la camilla contigua, asustado, miró a Pascual.

—¿Por qué hiciste eso? ¿No lo vai a recoger?
—preguntó.

Pascual se encogió de hombros.

—¿Pa qué? Total, ya está muerto —dijo.

Cuando llegaron al Servicio de Urgencia, el personal de planta se hizo cargo y el herido fue suturado. Se le pusieron cuatro puntos entre el pulgar y el dedo índice y otros seis en la palma de la mano. Después de hacer el papeleo de rigor, fue sacado por dos carabineros hasta la patrulla que estaba estacionada en el exterior.

A la salida se encontró con Pascual, que estaba fumando y tomando un descanso antes de salir de nuevo en la ambulancia.

—¡Fue él! ¡Les digo que fue él! —gritó.

Los carabineros lo arrastraron, mientras se debatía y aullaba garabatos y lo metieron a la fuerza en la patrulla, agarrándolo del pelo.

—A los dos nos fue bien esta noche —murmuró Pascual para sí—. Tú te salvaste de la Pelá y yo hice lo que tenía que hacer. Uno no más cagó pistola...

Vio cómo se alejaba el vehículo policial. Después se apoyó en la pared y respiró, satisfecho. **TN**

ORGANIZAN LETRAS DE CHILE FACULTAD DE LETRAS FONTECIVA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE Centro UC Estudios de Literatura Chilena CELUCH

1er ENCUESTRO INTERNACIONAL DE LITERATURA NEGRA Y FANTÁSTICA
online
18, 19, 25 y 26 de junio de 2021

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio Gobierno de Chile

AQUI se lee

CONÉCTATE AQUÍ

Facebook LIVE tinurl.com/LETRASDECHILE

Proyecto Financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, Convocatoria 2021.



Gabriela Aguilera Valdivia

Estudió antropología en la Universidad de Chile y realizó un diplomado en Estudios Mexicanos en la UNAM. Ha publicado *Doce guijarros*, (1976), *Asuntos privados* (Editorial Asterión, 2006), *Con pulseras en los tobillos* (Editorial Asterión, 2007) y *En la garganta* (Editorial Asterión, 2008). Su novela más reciente es *Guerreros de Dios* (2017). Ha ganado diversos concursos de cuentos. Sus cuentos han aparecido en diversas antologías de Ergo Sum y en la antología de microcuentos eróticos de mujeres latinoamericanas, *Microscopios eróticos* (publicada por la española Ediciones Atómicas).

A veces lejos del rumor del mar

de Verónica Silva



Aún vale la pena visitar el caso de los sicópatas de Viña del Mar

Por Eduardo Contreras Villablanca

Han pasado más de treinta años desde que los llamados «sicópatas de Viña» fueron ejecutados. Se han escrito muchos reportajes y algunos libros que investigan y detallan esos hechos que estremecieron a la ciudad. El libro que hoy presentamos es distinto.

En *A veces lejos del rumor de mar* (libro presentado el día 5 de septiembre del presente año), Verónica Silva nos entrega un relato que sumerge al lector en la ciudad, en su historia, y en la vida de los personajes, nos presenta a Soler y Tapia (evidentemente se trata de Sagredo y Topp Collins) con una caracterización sin exageraciones ni clichés, nos los muestra a través de pinceladas de sus vidas, con trazos que los van delineando a medida que avanza la obra, mostrando sus diferencias y matices.

Destaca el personaje que ella ha denominado «el hombre a la deriva», el colega de Soler y Tapia que primero se debate en las dudas sobre su culpabilidad y que luego sufre por los temores y recelos de hacer una denuncia en un entorno adverso, con autoridades que rechazan inicialmente su acusación, y todo esto en el complejo y amenazador escenario de una institución uniformada en el apogeo de la dictadura.

El estilo de Verónica Silva tiene rasgos que se pueden asociar al microcuento, con capítulos breves, algunos de

ellos auto contenidos pero sin pérdida de ilación con el resto. Con saltos en el tiempo bien contruidos, de manera que el lector no se confunda. Con este estilo, y teniendo a la ciudad como un protagonista más, va urdiendo una trama que atrapa.

A ratos algunos pasajes alcanzan vuelos poéticos, que se agradecen en la medida de que dan un respiro ante la violencia y la crueldad de los actos de los sicópatas. Ejemplo de ello, es un breve párrafo de la primera página, que le da el título al libro: «Dolor y drama. A veces cerca, a veces lejos del rumor del mar». Y mucho más adelante en la obra, un reflejo o espejo de esa imagen, ya casi al final del libro: «Lejos del rumor del mar, su llanto quebró el silencio de la madrugada...».

Dentro de la libertad ficcional de recrear vivencias y emociones de los personajes, la autora es fiel a los hechos reales, y a sus corolarios, incluyendo dentro de estos, las dudas que aún subyacen respecto a si los ejecutados eran los únicos culpables.

En relación a los acontecimientos que inspiraron esta novela, no puedo dejar de mencionar, que la única constancia visual del fusilamiento de Sagredo y Topp Collins, corresponde al dibujo realizado por el gran escritor y dibujante José Gai, en aquella época editor nocturno de *Luz*

Últimas Noticias, que presencié la ejecución de la condena. José Gai, lamentablemente falleció este año 2019.

Vale la pena destacar también las reflexiones finales de la autora respecto a la pena de muerte, el cuestionamiento no solo a su utilidad sino también la reflexión más profunda sobre cómo debieran relacionarse entre sí los seres humanos, y cómo se debiesen sancionar los delitos, incluso los más graves, en una sociedad civilizada.

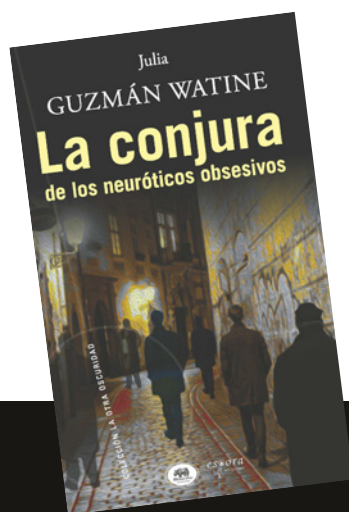
Afortunadamente el bárbaro «ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie» del antiguo testamento (Éxodo 21: 24), parece batirse en retirada. En

nuestro continente solo un país, Estados Unidos, mantiene a la fecha esta práctica que Amnistía Internacional ha calificado como la forma más extrema de pena cruel, inhumana y degradante.

Invito a leer esta obra de Verónica Silva, a viajar a un pasado que aún estremece, y a recorrer Viña en una época en la que dos hombres hicieron un recorrido de sangre y terror que terminó por devorarlos a ellos mismos, en Quillota, a bastante distancia del rumor del mar. **TN**



Ilustración de José Gai para *Las Últimas Noticias*



Colección «La otra oscuridad»

La conjura de los neuróticos obsesivos

Julia Guzmán Watine

Rhinoceros

www.espora.cl

Ante las leyes humanas todos somos iguales, pero, debido a las leyes de la naturaleza, todos somos diferentes. Leonardo fue un individuo excepcional porque, una vez concluida su adolescencia, continuó indagando en los misterios de la existencia. Hasta su muerte.

Desde su niñez, Leonardo, o Leo para sus amigos, contemplaba las estrellas en el domo del firmamento, maravillado e inquieto. ¿Qué hacían esos puntos luminosos en el cielo? ¿Por qué algunos son más brillantes que otros?

Luego descubrió una incongruencia inexplicable. ¿Por qué las estrellas se representan como un pentagrama? Alguien le aclaró que era una convención, que las estrellas no tienen puntas, que en otros tiempos se representaron con 4, 6, 7 y 8 puntas. Después, se enteró que el sol es una estrella, a pesar que se veía perfectamente circular. Desde entonces representó las estrellas como lunares. Porque son circulares, no porque tengan alguna relación con la luna.

En 1953, el escritor británico Arthur C. Clarke publicó su cuento *Los nueve mil millones nombres de Dios*. Leo leyó una traducción del cuento un par de años más tarde. En él se narra que en un monasterio —lama-sterio— tibetano, los monjes están tratando de enumerar todos los nombres de Dios. Ellos creen que el Universo fue creado para ese propósito, y que una vez que se haya completado esta enumeración, Dios traerá el Universo a su fin. Hace tres siglos, los monjes crearon un alfabeto apropiado para su tarea. Calcularon que con él podrían codificar todos los posibles nombres de Dios, que suman alrededor de nueve mil millones, compuesto cada uno de ellos, de no más de nueve caracteres. Para escribir los nombres a mano, como lo habían estado haciendo, se necesitarían otros 15.000 años, incluso después de eliminar varias combinaciones sin sentido. Es así, que los anacoretas deciden utilizar tecnología moderna para cumplir este objetivo con mayor rapidez.

Para llevar a cabo el objetivo, los monjes envían una delegación a un país tecnológico, donde logran alquilar

un computador, capaz de calcular todas las posibles permutaciones, y una impresora para imprimirlas. Junto a esto, contratan a dos técnicos occidentales para instalar y programar la máquina. Aunque escépticos, los programadores se alzan de hombros, pero consienten en realizar el ejercicio.

Tres meses después, el trabajo está a punto de consumarse. ¿Qué va a pasar cuando se complete el listado y nada ocurra... y el Universo no llegue a su fin? se preguntaron los técnicos. Claramente, temen que los monjes vayan a culpar al computador, y por extensión, a ellos. Con sus vidas en peligro, los programadores retrasan la operación del computador de modo que la impresión del último nombre Dios ocurra justo un par de horas después de que ellos se hayan fugado.

Después de su exitoso escape subrepticio, en sendas mulas, comienzan el descenso por las montañas hacia el aeropuerto en Lhasa, donde los espera un avión para llevarlos de regreso a la civilización occidental. En el preciso momento en que estiman que los monjes deben estar engomando los últimos nombres de la lista en sus libros sagrados, los programadores realizan una pausa. Agotados, por lo escarpado del sendero, se recuestan a descansar sobre el terreno, bajo un cielo nocturno totalmente despejado. De pronto se percatan que, sobre ellos, sin alboroto alguno, las estrellas, una tras otras, comienzan a apagarse.

El 14 de enero de 1959 una avioneta sobrevoló Santiago, por horas, en círculos, lanzando panfletos impresos por un lado con la frase «NO COMPRE PAPAS». El reverso decía en letras pequeñas, «Ministerio de Economía, Gobierno de Chile». En cambio, debería haber tenido impreso «Presidencia de la República, Gobierno de Chile».

El presidente de la república, Jorge Alessandri, era ingeniero civil. Tenía una mentalidad estructurada e inflexible. Tal vez por eso había estudiado una disciplina

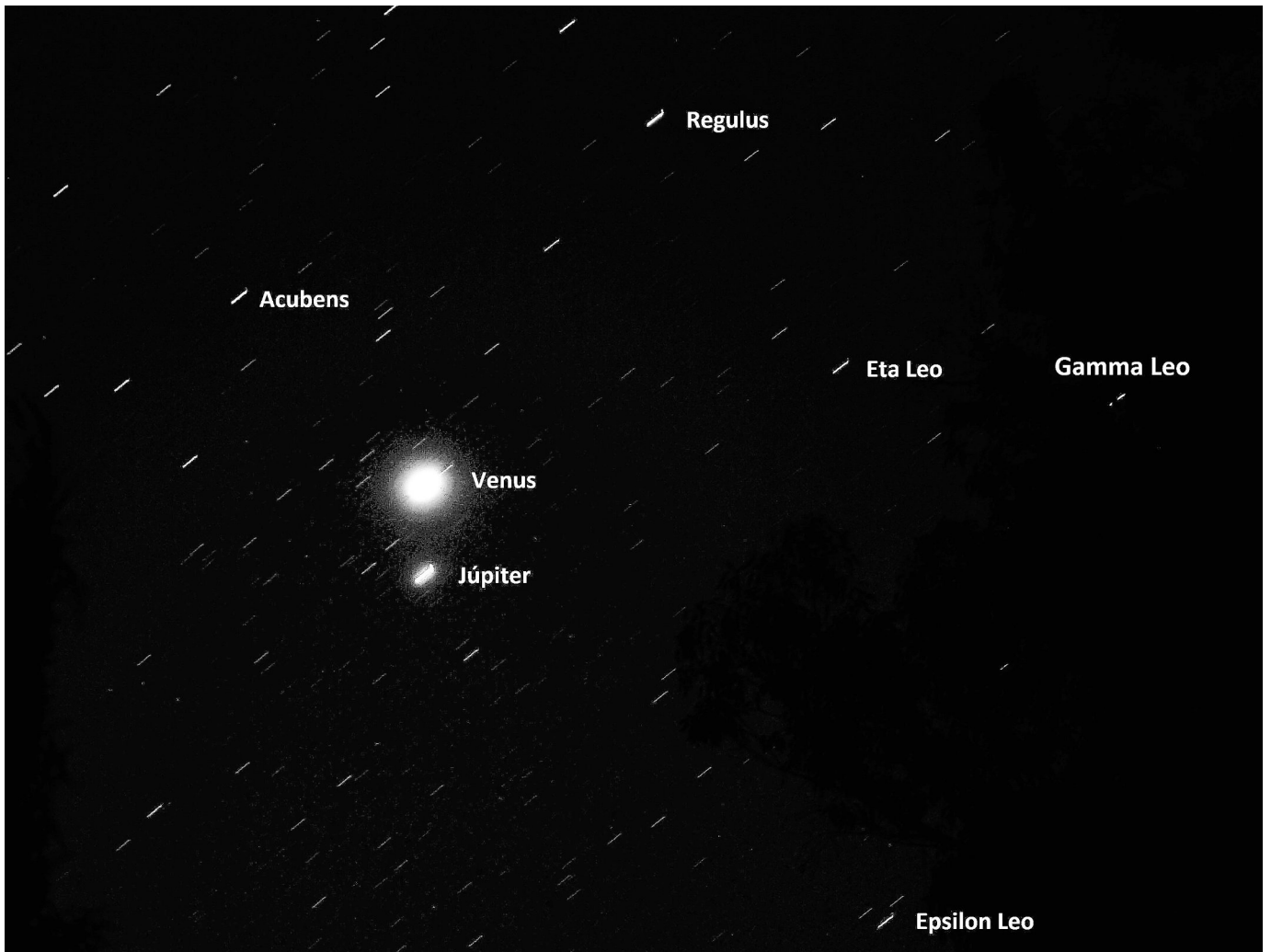
matemática. Para él, dos más dos era cuatro. Para un político, en cambio, el resultado sería maleable, y la suma dependería de las circunstancias sociales, económicas y políticas del momento coyuntural. Para un poeta, el resultado de esa suma dependería del *angst* kierkegaardiano, o del estado de ánimo, mientras que para un filósofo, el resultado estaría sujeto al significado del número dos en el contexto de la nada y del infinito. El presidente, además de su disciplinada personalidad, creía a ojos ciegos en la ley de la oferta y la demanda. Por lo tanto, ante el disparatado precio del tubérculo, debido a la escasez, la lógica dictaba que había que bajar la demanda, no comprando papas.

Los panfletos eran de media hoja tamaño carta, de papel de periódico en colores pasteles, verde o rosado. Estaban impresos con letras negras. Leo, entonces un adolescente, estiró sus brazos logrando atrapar dos panfletos antes de que cayeran al pavimento de la acera. Curiosamente, uno de ellos no decía «NO COMPRE PAPAS»,

en cambio, impreso en letras más pequeñas, decía «CUÍDESE, SU ESTRELLA SE PUEDE APAGAR UNA NOCHE Y LAS CONSECUENCIAS PODRÍAN SER DESASTROSAS».

Intrigado, corrió a lo largo de la acera recogiendo volantes. Todos, entre los treinta o más que logró revisar, contenían la frase «NO COMPRE PAPAS». Quedó ensimismado con los dos volantes que no tocaron suelo en su mano, imaginándose la procedencia del excepcional. Estadísticamente, se podría decir que la frecuencia del excepcional era de menos de 3%. Recorrió las cuadras siguientes, y sin recogerlos, contó los que habían caído con el mensaje visible, hasta completar cien. Con esto, afinó la estadística. El panfleto excepcional correspondía a menos del 1% del total examinado. La tentación de continuar afinando la estadística se vio frustrada por la necesidad de encaramarse en un bus para llegar a tiempo al colegio.

Pero mientras transitaba por la ciudad en el bus, Leo formuló un corolario. Si cada persona tiene una estrella



propia, debería haber tanta gente como estrellas. Entonces, como el número de estrellas es inconmensurable y la Tierra la pueblan nada más que nueve mil millones de personas, debe haber una infinidad de planetas llenos de personas.

Cincuenta y seis años más tarde, el 3 de Julio de 2015, una transparente noche de invierno, cerca de las veinte horas, Leo enfocó su cámara fotográfica al infinito para inmortalizar la conjunción de los planetas Venus y Júpiter, además de la presencia de un sinnúmero de estrellas, unas más brillantes que otras. Carente de un trípode, apoyó la cámara sobre una mesita en el balcón de la casa, y colocó un par de cajas de fósforos bajo el lente para darle la inclinación adecuada. Escogió una cierta apertura del diafragma y maniobró el obturador a la posición “libre”. En esta posición el diafragma permanece abierto mientras se presione el disparador. Sin una idea clara del tiempo necesario para captar las imágenes de los planetas y las estrellas, mantuvo el disparador apretado durante tres minutos. Esto resultó en que, debido a la rotación de nuestro planeta, los astros, en vez de aparecer como puntos de diversa intensidad, aparecieron como líneas de diferente grosor y brillo.

El cuento de Arthur C. Clarke, que había leído hacía cincuenta años, retornó a su consciencia cuando, observando la fotografía en la pantalla del computador, se percató que el trazo provocado por una estrella, Gamma Leo, en la constelación de Leo tenía una interrupción interior de un tercio de su longitud. Por lo tanto, la estrella estuvo apagada durante un minuto de los tres que duró la exposición fotográfica. Entonces, el panfleto con la advertencia «CUÍDESE, SU ESTRELLA SE PUEDE APAGAR UNA NOCHE Y LAS CONSECUENCIAS PODRÍAN SER DESASTROSAS» emergió de un barranco tortuoso de

su universo privado para tomar posesión de sus emociones. ¿Qué pasará? se preguntó, ¿me accidentaré? ¿me enfermaré? mientras un escalofrío recorría su columna vertebral de principio a fin. Pero el trazo de la estrella había reaparecido después de la interrupción. Esto lo indujo a pensar que la desdicha, sin importar su naturaleza, sería algo pasajero. Meticulosamente revisó todos y cada uno de los trazos visibles de las otras estrellas, sin encontrar interrupciones.

En el cajón de una cómoda abandonada en el cuarto de los cachureos, atestado de recortes de publicaciones, acumulados durante más de medio siglo, y después de hurgar exhaustivamente en la penumbra, encontró el quebradizo panfleto. Justo en el momento que lo asía, sintió un pinchazo en un dedo. Debe ser un alfiler o una astilla, pensó, con el preciado volante en sus manos.

El hombre rememoró el instante en que había atrapado el papelucho, descendiendo en vaivén desde cielo. Episodios de su adolescencia reaparecieron, atolondrados en su mente, hasta que, agotado, se acostó, apagó la luz y cerró los ojos.

Los delirios inarticulados y los quejidos de dolor del hombre despertaron temprano a su esposa.

—¿Qué te pasa, Leo? —preguntó, pero él no respondió.

En ese momento ella notó la mano y el brazo negro de su marido.

—Tiene un loxoscelismo visceral —dijo el médico a su esposa, horas después, en el hospital.

La mujer mantuvo su mirada en los ojos del médico.

—Es un envenenamiento de la sangre y falla multisistémica —explicó—. Se demoraron mucho en traerlo y está muy mal. No creo que el suero contra el veneno de la araña del rincón alcance a llegar a tiempo... lo lamento, señora. TN

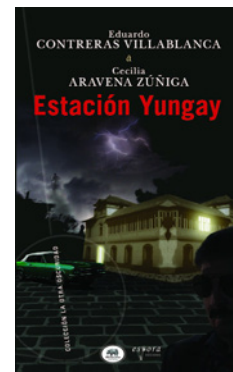
Helios Murialdo

Se inició desde la adolescencia en la escritura, fundando revistas, diarios estudiantiles y publicando cuentos y piezas teatrales. Ha incursionado en la narrativa policial y negra con un enfoque minucioso, cercano a especialidad científica, la biología molecular. Ha ejercido la docencia y hecho investigación, sobre todo en Canadá. Es un autor de corte romántico con lo que mechado sus originales incursiones en el noir como Licor negro (2017). No obstante su pasión parece ser la literatura de ficción y más precisamente el género negro. Es autor de media docena de novelas y cuentos suyos aparecen en compilaciones y antologías. Confiesa que tiene material inédito y ganas de seguir publicando.



Estación Yungay, Los años en que vivimos tutelados

de Eduardo Contreras Villablanca
y Cecilia Aravena Zúñiga



Por Gonzalo Hernández S.

Estación Yungay es la más reciente novela de la dupla de escritores compuesta por Eduardo Contreras Villablanca y Cecilia Aravena Zúñiga. Editada por Espora en el marco de la colección La Otra Oscuridad, se trata de una ficción ambientada en el Chile de principios de los 90, durante los años de la transición, el boinazo y los «pinocheques». Escrita a cuatro manos (al igual que la anterior entrega de ambos autores, *La Verdad Secuestrada*, donde se introduce al primer detective gay de la literatura chilena), y valiéndose de una trama que apela a la reconstrucción de una memoria individual, el relato pone en escena algunas de las negociaciones, complots y acuerdos que sellaron esa oscura época de nuestra historia, marcada por la impunidad de los criminales de la reciente dictadura.

Podría pensarse, de buenas a primeras, que por el hecho de ser escrita a dos voces se trataría de una novela experimental. Nada de eso. *Estación Yungay* funciona de manera fluida y aceitada, al más puro estilo de las obras de Sjöwall y Wahlöo, la célebre dupla de escritores suecos que publicó una decena de títulos con el personaje del inspector Martin Beck, entre los años 1966 y 1975. Con un desarrollo dinámico, distintos planos narrativos, diálogos pulidos, la novela presenta una variada galería de personajes que nos llevan de vuelta a la época de la llamada «democracia tutelada», bajo el gobierno de Patricio Aylwin. Uno que acá aparece —al igual que varios de sus secuaces—, bajo un trasunto ficticio, pero claramente reconocible.

La acción se inicia una noche en que un ciclista es atropellado en el barrio Yungay, en calle Huérfanos, por un vecino dedicado a ciertas actividades extramaritales. Pese al susto, y a su borrachera rampante, el conductor decide llevarse a su hogar al accidentado para socorrerlo, en una mezcla de consciencia y astucia, ya que con esa jugada evita dar cuenta a la policía (y a su mujer) por sus malos pasos. El problema estriba en que al día siguiente el ciclista despierta con un severo cuadro de amnesia, ignorando todo lo relativo a su identidad, su vida pasada, y desde luego a los motivos que lo llevaban a estar desplazándose en bici en las inmediaciones de Santiago Poniente.

Desde este punto de partida azaroso, que nos remite a la clásica tradición de la novela de espías, los autores elaboran una trama de secretos e intrigas que se encumbra a los más altos niveles políticos, militares y empresariales de la época. Una transición marcada por las negociaciones a cuatro paredes, los eufemismos de las autoridades frente a la prensa, además de una permanente amenaza de retorno a las formas más brutales de la dictadura: organismos supuestamente desactivados, como la nefasta CNI, pero que siguen operativos en las sombras. Todos elementos que ayudan a configurar el retrato de un país acechado por sus fantasmas, aún traumatizado tras 17 años de tiranía, con una economía pujante, pero demasiado timorato como para castigar a los culpables de las infamias de su pasado. Al igual que Fernando, el protagonista de la no-

vela, queda de manifiesto que este Chile noventero deberá pasar por un proceso de redescubrimiento interno para así reunir los trozos dispersos de su resquebrajada identidad.

En ese aspecto, y más allá de la intriga que le sirve de trasfondo, el eje de la novela gira en torno a la transformación de su protagonista: un individuo que ha vivido una vida anquilosada, rutinaria, sin demasiados sobresaltos, en el afán de priorizar su comodidad y bienestar económico. Acostumbrado a hacer la vista gorda ante los actos de corrupción que desfilan ante sus ojos, Fernando ha sacrificado sus ideales de juventud al precio de «estrangular sus sentimientos en lo íntimo de su corazón», como reza el epígrafe de John Dos Passos que abre el relato. Todo lo cual entra en crisis desde que el hombre toma la valerosa decisión de hacer algo radicalmente distinto, rebelándose así del conformismo y accediendo a una vida renovada, marcada por el sentido de pertenencia a una comunidad que se resiste a caer en los valores de consumo individualistas que pregonan el nuevo orden: una democracia que no es tal, plagada de mentiras desde su gestación.

A la par, *Estación Yungay* nos presenta un vivo cuadro de un mundo que está en su ocaso: el de las ferias y talabarteros, cordoneros, moteros y zurcidores de somieres, entre otros oficios que sobreviven a fuerza de tradición y resistencia. Una cultura que, en la época de la novela, aún no tiene noticia de la llegada de una tecnología como Internet, destinada a revolucionar el paisaje social del país en los años siguientes.

Aravena y Contreras tienen el mérito de escribir de manera ágil y concisa, pero sin por ello sacrificar la profundidad y alcance de su relato. La polifonía de voces que compone su estructura, a la vez que otorga frescura a la trama, ayuda a configurar un tejido que transita en distintos escenarios, moviéndose con soltura entre el barrio y las altas esferas del poder. Una novela cuya lectura resulta necesaria, no solo por su lograda ambientación de época, entre otros diversos méritos literarios, sino porque nos advierte que las sombras y terrores de nuestro pasado, lejos de haber desaparecido, se mantienen vigentes con sombría persistencia en nuestros días. **TN**



Matancilla es un caserío con doscientos habitantes, todos parientes entre sí. Hablar mal de alguien a cualquier individuo del pueblo, es ofender a un cuñado, una prima o un suegro. Después de instalarme, al cabo de unas semanas, todo el mundo de aquel pequeño infierno empieza a reconocermé:

—El joven de la moto.

—Sí, el casero de los chinos.

Nadie sabe el origen del nombre Matancilla, pero ya se han registrado algunos homicidios y actos de violencia que le dan sentido al nombre. Hugo Gutiérrez, antiguo cuidador del terreno vecino, lo encontraron degollado en su propio lecho. Nunca nadie supo del homicida, pero se sospecha de un santiaguino que rondó esos días para cobrar venganza por asunto de mujeres. Dieron con el cuerpo perdido de Heriberto Salinas gracias a los hilillos de sangre que corrían por una acequia que suministraba agua a la familia Vargas. Arrojaron el cadáver al canal, contaminando las aguas. La sangre fue la pista que los llevó al cuerpo magullado, azotado y agonizantemente muerto. Nada se supo de los asesinos. El mismo Palomino Retamales, quien cuidara mi motocicleta en mi ausencia, sufría de parálisis en todo el costado derecho de su cuerpo, producto de cuatro balazos de su mejor amigo, hasta entonces. Todo por una discusión por el pago de unas cervezas que acabó con Palomino inválido y su amigo prófugo. No obstante, Palomino se jactaba por haber sobrevivido a cuatro balazos. Cada balazo, un orgullo.

Yo trabajaba cuidándole el terreno a un amigo. Era mi quinto mes cuando ocurrió lo que voy a relatar. Han pasado cerca de veinte años y aún nadie sabe qué fue del Rimberto.

Estaba en la huerta, descascarando la tierra, armando bancales profundos. Descansé unos minutos sobre una

roca. Estaba inmóvil, practicando inconscientemente el arte de la contemplación, fundido con los sonidos de mi entorno. De pronto me distrajo un sonido distinto que no reconocía. Ya podía distinguir el chistoso llamado de la turca, que al principio me hizo pensar era víctima de la burla de algún nativo de la zona escondido detrás de las matas. Reconocía la *chancaca* de las codornices, el *cara e peo* de los tordos, el *pitío* del carpintero, el grito de terror del tiuque, el croar triste y nocturno del zorro chilla. Mi percepción acústica podía percibir por el zumbido de las alas si se trataba de un tábano, un avispón, una abeja o un abejorro.

No obstante, aquel sonido entrecortado y gangoso que provenía del sendero era desconocido. Seguí inmóvil. Observé dos siluetas que se acercaban en fila india. Era una pareja de quiques que caminaban directo hacia mí, asemejando al mítico culebrón. El primero de ellos, que abría el camino, al verme no entendió si acaso yo era una presa o un depredador. Me miraba perplejo. Mantuve mi quietud. Sabía que estos mustélidos poseen sendos colmillos para desgarrar la carne de una gallina o un conejo. A pesar de este antecedente, permanecí allí, observándolos con compasión y ternura. Finalmente, luego de debatir entre ellos, la pareja de quiques siguió su camino desapareciendo bajo la zarzamora.

Quedé maravillado con la experiencia. Estos animales no son frecuentes. Además de ser endémicos de Chile, su estado de conservación es considerado vulnerable a nivel nacional. Estaba absorto, embobado por la emoción. De súbito me trajo al presente un disparo atronador a mis espaldas. Un lugareño me apuntaba con una escopeta de doble cañón, balbuceó nerviosamente algo incomprensible para luego gruñir:

—¡Pasa las llaves de la moto si no querís que te pegue un tiro!

—Están arriba, escondidas. Vamos a buscarlas —le contesté con una tranquilidad inaudita que me sorp-

rendió. Sin embargo, las llaves estaban en mi bolsillo.

Subimos la ladera en silencio. El cañón rozaba mi espalda. Mi intelecto rumoreaba y rebuscaba alguna solución coherente del problema.

El hombre apuró, interrumpiendo mi parloteo mental, apuntalándome con su arma mi riñón derecho. Sentí un desagradable cosquilleo, un molesto escalofrío que recorrió mi columna desde la zona lumbar hasta el occipucio.

Al hombre nunca lo había visto. Le calculé unos cincuenta años. Su cabello sucio no tenía canas, no obstante, su barba rala de dos semanas mostraba signos de albicie. Sus ojos levemente rasgados, de cejas prominentes que se juntaban en el entrecejo, eran de una negrura tal que casi no se distinguían las pupilas. Éstos contrastaban con su tez rojiza y ajada. La nariz era repolluda y grasosa, con marcas del acné de su juventud adolescente. Su voz era carrasposa, deslenguada y pastosa, delatando signos de ebriedad.

Yo callaba y subía sumisamente a trancos largos, para cansarlo. Al llegar a mi rancho los dos jadeábamos profusamente. Le dije que la moto no andaba, que tenía problemas de batería.

—¡No me jodái huevón, si te vi ayer andando! —me contestó golpeando bruscamente con su cañón mis vértebras lumbares. Aquello me irritó. Me contuve. Cogí una botella de agua, bebí un largo sorbo y estreché mi brazo en actitud de ofrenda. Con la escopeta me arrebató la botella de las manos haciéndola caer al suelo—. ¡Ya, ya, ya... pasando las llaves mal nacido!

Entré al rancho a buscar las llaves que estaban en mi bolsillo. Pensé en tomar el machete y enfrentarlo, pero no

me atreví. Me observaba desde el umbral de la puerta vigilando aquella posibilidad.

—Mis zapatos no están aquí. Están al lado de la carpa. Adentro están las llaves —le dije con toda naturalidad, para retrasar mi condena.

El hombre ansioso se acercó a la carpa. Se agachó para escoger un zapato. Aquel par no los utilizaba hacía varios días. Providencialmente, dentro del calamorro se había alojado una araña pollito. Ésta salió de su refugio con talante de tarántula amazónica, mientras el hombre zamarreaba frenéticamente mi calzado. Al ver que el inmenso arácnido cubría con sus velludas patas su calloso puño, el hombre desvió el cañón de su destino original que era mi cuerpo. Observé cómo la falangeta de su índice derecho se relajaba soltando el gatillo. Precipitadamente pateé su antebrazo que sostenía la escopeta como si pateara un penal con todas mis fuerzas y las de mis colegas de equipo. El cabrón reaccionó con retraso, tal vez, con retardo. La bala se disparó hacia el cielo sin hallar un blanco, perdiéndose con estruendo en el aire. Aún se escuchaba el sonido de la bala en la atmósfera, cuando tomé la piedra que sujetaba el viento de la carpa con mi diestra encestándola en su cabeza entre la coronilla y la nuca, hundiéndola en su cráneo. Fue como el craquelar de una torta de hojaldre. Se perdió el eco del balazo y el hombre quedó postrado en el suelo. Su mejilla derecha en contacto con la polvareda. Ojos retorcidos, boca entreabierta y babeando. Brazos y piernas en contorsión post mortem.

La sangre en su cabello no se veía. Parecía estar mojado con aceite. Ésta se delataba por el hilillo que caía de su sien siniestra, deslizándose por la mejilla, bordean-



do la comisura de sus labios y perdiéndose bajo el mentón. Al cabo de unos minutos, se formó una mancha oleosa de sangre en la tierra que amenazaba ensuciar mi carpa. Me apresuré en sacar las estacas y retiré la tienda al momento en que el óleo sanguinolento manchaba la maleza aplastada.

Contrariamente a lo que pueda pensar quien lee, no tuve pánico, no sentí miedo. Ningún sentimiento de angustia me embargó. Estaba impávidamente tranquilo. Yacía ahí un cuerpo sin vida. Una carne. Aquel hombre bruto, levemente ebrio, vagamente violento ya no estaba. Sólo había un bulto con olor a muerte. No lo pensé dos veces. Tomé una bolsa plástica. Me cercioré que no estuviera rota. Cubrí su cabeza con ésta, para que no chorreara sus fluidos. Coloqué el cuerpo sobre la carretilla y entre sus piernas la escopeta con el tibio cañón. Pensé que el cuerpo sería más pesado, pero al parecer, la muerte era más liviana que la vida. Llevé estos kilos de carne a la letrina que acababa de terminar. Lancé la escopeta al fondo de la fosa. Antes de depositar el cuerpo revisé sus bolsillos. Descubrí una billetera deshilachada llena de piñén con un carné de identidad desvencijado, un calendario antiguo con una mujer grotescamente pechugona y

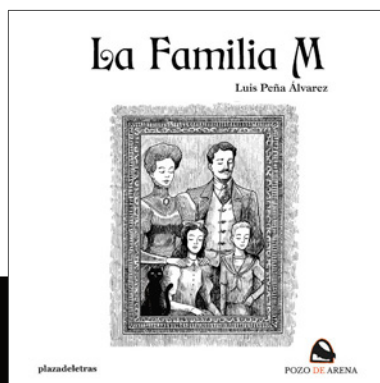
un billete casi nuevo de dos mil pesos con la imagen de la iglesia los Dominicos donde se casaron mis taitas. Me guardé el billete y el resto lo dejé junto a la escopeta, en el fondo del pozo. Al arrojar el cuerpo, su cara se raspó con la pared pedregosa, desgarrando la bolsa y su párpado superior derecho. La deformidad y la sangre me provocaron un malestar visceral, aumentaron los movimientos peristálticos de mi intestino grueso haciendo avanzar el bolo excrementicio hacia mi colon descendente.

Por primera y última vez usé la letrina obrando sobre el cadáver. Eché cal, tapé al muerto, la escopeta y la mierda con tierra. Apisoné bien el suelo. Espolvoreé sobre éste hojas secas de litres y boldos para borrar todo indicio de la letrina.

Volví al rancho. Moje con abundante agua y lavalozas la mancha oleosa de sangre, la cual poco a poco se fue drenando hasta que desapareció todo rastro de materia aceitosa y junto con la mancha, desaparecería para siempre Rimberto Aceval Acevedo. **TN**

Julián Avaria-Eyzaguirre

Nacido en Berlín, reside en Las Calles, un poblado en Córdoba, Argentina y lo ha hecho también en Brasil. Lo suyo aporta un franco aire nuevo, ora puro ora purgante, en el retorcido laberinto de la novela negra latinoamericana. Esto se debe a sus múltiples intereses en el campo de la creación. Es catalogado como artista polifacético, compartiendo su vocación literaria con actividades tan bizarras como el activismo ecológico, el yoga y la sanación. Cuentista por escrito y oral, ha publicado volúmenes de relatos, novelas, ensayos literarios, compilaciones y una serie con un detective realmente diferente a casi todos los que conocemos «El Dedo en la Llaga». El año 2009 publicó el libro de cuentos *Letrina* (Editorial Mosquito) y bajo este mismo sello, las novelas *Muyuna* (2012) y *El caso Capablanca* (2017). Su novela *El caso Shima* fue publicada en la colección «La Otra Oscuridad» (Rhinoceros-Espora Ediciones) de novela negra. Tiene en preparación *El caso Jungla* con su detective sin nombre pero con apodo.



La Familia M

Luis Peña Álvarez

«Siempre es bueno tener libros nuevos para mostrar a los nietos»

«Las ilustraciones que nos recuerdan a Edward Gorey»

ENCUÉNTRALO EN:

www.elclub.cl

Asesinato en la Sociedad de Escritores de Chile

Iván Quezada

Parte final del relato que se inició en el número 8 de Trazas Negras, y se continuó en el número 9.

Resumen de entregas 1 y 2

En plena pandemia, Jeremías Hidalgo, obsesionado con ser literato, y considerado «Secretario eterno» de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), encuentra el cadáver de una mujer en la mismísima sede de esa organización. Emprende una investigación por su cuenta y a poco andar lo contacta Emiliana Salas Brown, una periodista alta y delgada como un mástil, que lo ayuda a identificar a la víctima como Rita González, una poeta joven. Luego de superar un posible contagio por Covid, Jeremías retoma el caso, y por sugerencias de Emiliana, parte a Mendoza con Raquel, la mejor amiga de Rita, que ha exigido ir allá para hablar de su amiga, y que finalmente, después de haber tenido sexo con Jeremías, le entrega el nombre de Lázaro Ventura, un «amigo secreto» de Rita.

Tercera entrega

V

Mea culpa: no tenía idea quién era Lázaro Ventura, aunque debía. Emiliana S. B. hizo sus averiguaciones y me contó que era «el amigo que todo escritor quiere tener». ¡Haberlo sabido antes! El tipo era millonario, dueño de los minimarket Free Shop del Barrio Alto, pero no era un mecenas. No estaba claro cómo hacía de benefactor de las letras, eso lo tendría que averiguar yo. Como dicen en los países gringos, era un «casi famoso». Nunca lo entrevistaron o fue portada de una revista, pero a menudo su rostro de cejas pobladas, con ojos de pescado, aparecía en las páginas sociales de El Mercurio.

Empecé por frecuentar uno de sus locales en Vitacura. Aparte de las góndolas con todo tipo de productos, tenía un mesón con unos taburetes, donde uno podía tomar

café y comerse un sándwich. Me aparecí por las tardes durante una semana y le metí conversa a los empleados. Me dijeron que el propietario hacía visitas sorpresas y lo reconocería fácilmente. Casi me dio taquicardia con tantos cafés, hasta que un atardecer llegó muy campante.

El tipo vestía un impermeable beige, con las solapas levantadas y una mascarilla tapándole la mitad del rostro. Dudé con los ojos puestos en el cajero y éste asintió. Sin el menor miedo, Ventura se descubrió la cara y se sacó la gabardina, paseando por los pasillos. Era un hombre de estatura media, de cincuenta y tantos años, de tez blanca y aspecto atlético. Les hablaba a sus trabajadores con una papa en la boca, con ironía e incluso crueldad, a puro garabato, pero haciéndose el inocente.

Cuando me animé a dirigirle la palabra, salió a la calle hecho una bala. Me cayó mal, aunque últimamente toda la gente me sacaba de quicio. Tal vez era una secuela del coronavirus. Además, había leído que podía reinfectarme, lo que me tenía de malas pulgas. El mundo estaba hecho un sanatorio.

Decidí que era prematuro conocerlo. Llegué a mi departamento con la cabeza en blanco, sin saber cuál sería mi siguiente paso. Por suerte, Emiliana S. B. acababa de enviarme una batería de correos sobre el susodicho. Me contaba que vivía en un lujoso edificio en La Dehesa. Su padre había sido ministro de Hacienda de Gabriel González Videla y, como él, era abogado. Se le consideraba un nuevo rico y nadie sabía de dónde sacó la plata. Jamás ejerció, ni siquiera hizo clases. Pero tenía una casa en Estados Unidos y la doble nacionalidad.

Al otro día partí a La Dehesa y me costó llegar; estaba más lejos que el sol. Quedé asombrado ante el imponente edificio. El penhouse de Ventura ocupaba los últimos tres pisos, hasta imaginé que tenía un helipuerto para él solo. El barrio era la «copia feliz» de Gringolandia. Casi no tenía veredas y se veían pocas personas, salvo en la plaza de enfrente: la habitaba una decena de atorrantes, hombres y mujeres. Me acerqué como quien no quiere la cosa y me hice amigo de José, un larguirucho que venía de Puerto Montt. Había perdido el trabajo por la cuarentena y no tuvo más remedio que buscar su suerte en la calle.

Uno pensaría que en un lugar así los echarían a patadas, pero eran invisibles. Ni los pacos les ponían atención. Al único que miraban feo era a mí. Entonces se me ocurrió una idea.

Regresé el domingo siguiente, vistiendo harapos y con una enorme mochila en la espalda. Adentro tenía un saco de dormir, una bolsa de arroz, otra de fideos, mucho pan y unas botellas de vino. Creía que mi disfraz era perfecto.

Me gustaba conversar con José, inventaba una de historias, jurándome por «diosito» que eran ciertas. Pero la cuerda le duraba poco. Se iba temprano por ahí y en las noches, mientras comíamos, soltaba el rollo. Después se tomaba su ración de tinto y se convertía en un curado porfiado, hasta pasar la mona durmiendo. El grupo hablaba en una jerga incomprensible y así inevitablemente me quedé solo. No me importó. A fin de cuentas, sólo fueron tres días.

En mi primera mañana, Ventura nos miró sin vernos. Sus ojos eran demasiado delicados para la miseria. Flor, me dije, y cuando partió en auto fui a hablar con el

portero de su edificio. Me dijo que no era un santo de su devoción. Casi siempre lo embromaba con una pesadez, del tipo: «córtese el pelo, hombre». Una vez estuvo dentro del penhouse y le pareció una clínica de cirugía plástica, así de aséptico. Cuando regresé a la plaza, al banco donde tenía la mochila, llegó un correo de Emiliana S. B. Había descubierto que lo diagnosticaron como narcisista y temía que fuera un femicida en serie. «¡Aléjese de él, corre peligro!», exclamaba... Me reí de ella.

Por las noches llevaba todo tipo de mujeres, me dijeron mis compinches y así lo comprobé las dos en que estuve allí. Según ellos, podían ser jóvenes, viejas, chicas, grandes, feas, bonitas, hasta un travesti vieron una vez. Contaban otras cosas peores, como que se exhibía desde el último piso, pero no les creí mucho. Se entusiasmaban con sus chismes para combatir el frío. Todo el tiempo que estuve allí me tiritaron los dientes como castañuelas.

Lázaro Ventura, al tercer día, se quedó mirándome desde la puerta del edificio. Titubeé un momento y luego volvió a fijar la vista en mí. Cruzó la calle hacia la plaza y los indigentes retrocedieron a mis espaldas.

—A usted lo conozco —dijo con el ceño fruncido—, se llama Jeremías Hidalgo.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté extrañado.

—¡Es el «Secretario Eterno» de la SECH! ¿Cómo no lo voy a conocer? Leí su libro de cuentos, me gustó. Es una pena que dejara de escribir.

—Gracias —dije con gratitud, emocionado—, creía que mis cuentos ya estaban en el olvido.

—Para nada, amigazo. Parece que le ha ido mal en la vida, aunque... No es verdad. Usted es el escritor más original al buscar mi ayuda. Otros me han hecho regalos o escribieron panegíricos, pero usted... ¿se hizo pasar por un muerto de hambre! Quizás hasta tiene un libro sobre la marginalidad. Es un tema que vende, ¿eh?

¿De qué diantres hablaba? Lo miré pasmado y a pesar de mí mismo, con simpatía. ¡Me había leído!

—Permítame invitarlo a mi casa —dijo luego—. Sólo será un momento, quiero mostrarle mi colección de primeras ediciones. ¡Incluso tengo *Las flores del mal* y el *Altazor*!

—No creo estar vestido para la ocasión —respondí con un hilo de voz—, tal vez más adelante...

—Nonsense! Tengo una tecnología que mata los gérmenes en la puerta. Venga con confianza.

*

Atardecía al avanzar por la Alameda. Ni la gente ni los ruidosos vehículos lograban sacarme de mí mismo. El día

anterior, una vez dentro de su ultramoderno penhouse, Ventura me dijo poniéndose serio: «Seré breve: yo asesiné a Rita González. He seguido sus pasos y los de esa periodista, y creo que se merecen la verdad. Pero ahora no le daré detalles. Nos reuniremos mañana en un lugar y una hora que le enviaré por correo. Sea paciente». Al salir, los pordioseros me atravesaron con la mirada; ellos también podían hacer invisibles a las personas.

Cuando doblé por Lastarria, me subí el cierre de la chaqueta; la temperatura bajó de un tirón. Me sentía ridículo yendo a juntarme con un asesino. ¿Acaso quería darme consejos? ¡De dónde!, si no sirvo ni para matar a una mosca... Estaba arrepentido, pero quien calla otorga, y seguí adelante. Me dirigía a Victoria Subercaseaux con Rosal, al edificio que queda justo en la esquina. Le conté a Emiliana S. B. para que les avisase a mis deudos, si fuera el caso. Dijo que estaba loco y en realidad no me creyó.

—Pase, amigo. ¡Qué alegría verlo! —dijo Ventura, abrazándome en la puerta de su céntrico departamento.

Me condujo a la sala radiante de felicidad. No podía creer que me tuviese cariño, pero era verdad.

—Póngase cómodo en un sillón —volvió a hablar—, regreso en un instante.

Noté que nunca usó groserías, ni el día de ayer ni el presente, y lo atribuí a su faceta «literaria». Seguramente dividía el mundo en partes y él se ponía en la más alta,

como acostumbran los intelectuales. Miré a mi alrededor. Era un hermoso living, con muebles antiguos y pinturas clásicas chilenas. Todo el departamento era mejor que el de La Dehesa, no entendí por qué vivía en ese desierto y no en este último piso.

—¿Le gusta este lugar? —preguntó al volver.

Traía una bandeja con dos vasos de whisky. Ni que me dijeran: me abalancé sobre el mío.

—Mucho, es una linda estancia —respondí.

—Este apartamento lo compró mi padre a través de la Caja de Empleados Públicos —explicó, tomando asiento en el sofá—. Lo recibió al jubilarse y aquí vivió sus últimos años. Le prometí que nunca lo vendería.

Se había puesto un paletó de elegante terciopelo. Parecía un aristócrata, pero, como los aristócratas de verdad y los que creen serlo, se hubiese visto cómico de no ser que era grotesco.

—Usted dirá por qué estoy aquí —dije tras un largo sorbo a mi bebida—. Supongo que quiere confesarse.

—Le seré franco: estoy aburrido. Usted ya sabe bastante de mí, gracias a la periodista. Mientras ella me investigaba, yo los investigaba a ustedes. Nací en el seno de la clase media acomodada y mientras trabajaba en mi verdadero objetivo, hice algunos negocios lucrativos, pero no viene al caso explicárselos, porque para mí no tienen importancia. Sólo es dinero.



—Imagino que tampoco son muy limpios.

—Como desee —dijo con una mueca—. El problema fue que... todos mis intentos literarios terminaron en nada. En mi juventud me esmeré mucho, pero jamás me gustaron mis poemas ni mis cuentos. Usted sabe, porque también fracasó...

—Muchas gracias, ¡qué amable!

—Disculpe, no quería decir eso... Usted entiende.

Su tono era melodramático. A lo sumo era un esnob y me estaba dando una lata espectacular. Se produjo un silencio incómodo y aproveché de ir hacia el ventanal. La noche había caído sobre Santiago. Eran los ocho y el toque empezaba a las 23 horas. Había tiempo, pero ya me urgía largarme.

—Mire —continuó cuando volví, hundido en el sofá—, para sacarme la frustración me convertí en un «evaluador de proyectos» o «asignador de recursos», como se dice en la infame jerga burocrática, del Fondo del Libro. Es una labor privada, pero nunca faltaron los escritores que se enteraron. Me halagaban hasta el cansancio y para mí fue una dulce venganza darles plata o negárselas. Especialmente despreciaba a los que tenían algún talento, malogrado por ser unos pedigüños...

—Corte el rollo —me enojé—, ¿qué me importa todo eso? Jamás le pedí nada a ese fondo.

—Usted sabe que sí —se rió—, pero no entremos en ese tema.

—¿Por qué mató a Rita González? ¿Acaso es misógino? Sé que nunca se casó...

—Hombres y mujeres son canallas —hizo un gesto de desdén con la mano—, pero los hombres tienen plata. Y si no me casé fue por la misma razón que usted: para consagrarme a la Literatura.

—¡Vaya de una puta vez al grano!

—A eso voy. Rita era una chiquilla atolondrada, quería por todos los medios que le diera una beca para publicar su libro. ¡Hasta se me ofreció, como si me faltaran las mujeres! Le dije que lo pensaría y de inmediato me pasó sus poemas... —tomó aire— Y resultaron ser excelentes. No podía creer tamaña injusticia. Soy un hombre culto, poderoso, hasta voy a reuniones en la Moneda y, sin embargo, una bruta escribía mejor que yo. No pude dejarlo pasar. La invité a vivir aquí, como si fuera mi «querida», mientras esperábamos los resultados de su postulación. Tenía un plan...

—¿Me está viendo las canillas? —exclamé pasmado—
¿La mató porque la admiraba?

—No precisamente —dijo, yendo a una vitrina con

finas copas—: lo hice para reparar un error de la naturaleza. Oculté el cuerpo en la Sociedad de Escritores como un gesto artístico y no resultó. Quería que me atrapasen para dar mi testimonio al mundo, pero los policías vinieron todo miedosos a decirme que no me preocupase por nada. Usted sabe, en este país los ricos hacen y deshacen como les da la gana. Nunca creí que me quejaría de mis privilegios.

Me puse de pie para decir mi última parrafada:

—¡Su crimen es la obra de un imbécil! Se cree original, pero estamos en una larga y angosta faja de envidia. Es uno más de la cosecha.

—Por favor, sea compasivo —se acercó con un rictus suplicante—. Tome, le entrego las llaves de mi penhouse para que recupere los papeles de Rita. Están dentro de una carpeta, encima del estante con las primeras ediciones.

Recibí con asco el llavero y luego miré una foto suya en una repisa. Salía con una mirada inocentona.

—Ahora ya sé cómo realizar mi vocación literaria —declaró con unos movimientos histriónicos de sus brazos y se echó a correr.

Alcancé a decir: «espere...», antes de que saltase por el ventanal. Fui a mirar hacia abajo y lo vi hecho papillas en calle Victoria Subercaseaux. No por nada eran nueve pisos. Y no sentí la menor lástima.

VI

Dejé pasar un mes y fui al penhouse de Lázaro Ventura. El portero me reconoció y dijo: «bien muerto que está». Recorrí las habitaciones sin fijarme en nada. Era un lugar sin vida, más apropiado para un robot que para una persona. Fui al estante de las primeras ediciones en el living y no encontré la carpeta con los poemas de Rita González. La busqué en otros muebles y luego desistí. Tal vez nunca existieron y la verdad no me causaban curiosidad. Me pregunté si mi soberbia con el ricachón se debía al resentimiento social y la respuesta fue no. Era otra cosa, pero no la pude definir.

Estaba en el Metro Escuela Militar, tiempo después, y decidí irme caminando a casa. Salí a la superficie justo para que me llegase una bocanada de humo de un micro. Miré la hora en mi celular, eran las seis y media de la tarde, y me eché a andar.

El gobierno ya había levantado la cuarentena total, pero el panorama no distaba mucho. Toda la gente andaba con mascarillas y los negocios abiertos escaseaban.

La ciudad entera parecía cubierta por una bruma gris, descolorida. Avancé sin pensar en nada. Tenía recuerdos en muchas esquinas y cuadras, pero no acudieron en mi ayuda y seguí avanzando dentro de un vacío.

Continué por Apoquindo y luego tomé Providencia. El sol se acababa cuando arribé a Manuel Montt. Empecé a notar los rastros del Estallido Social en las paredes y en algunos semáforos rotos. Los jóvenes volvían a protestar, aunque ahora en pequeños y fugaces piquetes, a medida que me acercaba a la Plaza de la Dignidad. Observé a los pacos con sus nuevos vehículos blindados, tiesos dentro de sus corazas de última generación, y me encogí de hombros.

Cuando vi pasar unos camiones con milicos, mi mente se activó y recordé que en la prensa se hablaba de una «inminente recuperación económica», de una «nueva constitución», de un «pacto ciudadano»... Me reí para mis adentros. ¡Con qué ropa! Los cesantes eran una multitud por las calles, toda la plata que circulaba era de mentira y la gente limosneando una moneda me salía hasta en la sopa.

Sumido en estos pensamientos, me pasé de largo y cuando me vine a dar cuenta, ya estaba en Diagonal Paraguay con la Alameda. Realmente me esforzaba mucho para no hacer lo que quería.


La noche llegó de sopetón cuando cruzaba hacia Mac Iver y después seguí rumbo a la Plaza de Armas. Pensé que llovería, pero sólo fue un espejismo. Así de oscuros vi a los peatones.

Entré al Portal Fernández Concha apurando el paso y finalmente el conserje de Emiliana S. B. me preguntó el nombre y luego se lo dijo a ella por el citófono. Me pasó el auricular y la periodista preguntó extrañada:

—¿Qué hace usted aquí? El caso de Rita González ya está resuelto.

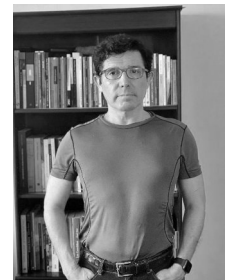
—Así es —contesté—, pero ahora vengo por ti.

Creí que murmuraba algo o tal vez fue la estática. Después dijo en un murmullo:

—Sube... 

Iván Quezada

Se tituló de periodista en la Universidad de Chile. Fue redactor de Cultura de casi todos los medios escritos de la capital y también en Valparaíso, y Editor General de la Revista Rocinante. Ha trabajado como editor en las editoriales Random House, Ojo Literario y Mago Editores. Creó su propia editorial, El Español de Shakespeare. Ha publicado los libros *Elefantes y Cisnes* (novela breve, 2002, TiempoNuevo), *Los Extraños* (cuentos, 2005, Tajamar), *Escritos de ningún lugar* (miscelánea, 2010, Mago Editores) y varios libros de poesía. Es autor de una *Antología de poesía chilena reciente* (Letras de Chile, Julio de 2020).



TRAZAS NEGRAS

Todos los meses lo mejor
Del Noir de Chile y Latinoamérica

Disponibles en: www.delibros.cl



OLGA VOROBIEV LLEGÓ AL PAÍS A PRINCIPIOS DE LOS NOVENTA HUYENDO DE UN GRUPO DE CRIMINALES DEDICADOS A LA TRATA DE BLANCAS. LA HABÍAN CONTRATADO POR 1000 DÓLARES PARA VIAJAR A TAILANDIA Y TRABAJAR SIRVIENDO MESAS EN UN RESTAURANT DE BANGKOK. OLGA SABÍA QUE ERA PELIGROSO, HABÍA ESCUCHADO HISTORIAS SOBRE CHICAS RUSAS Y UCRANIANAS QUE ERAN ESCLAVIZADAS Y OBLIGADAS A PROSTITUIRSE, ENGAÑADAS POR LA PROMESA DE CAMBIAR SUS VIDAS DE POBREZA. MUCHAS DE ELAS JAMÁS REGRESABAN A SUS HOGARES. OLGA LOGRÓ ENGAÑAR A UNO DE ELLOS Y HUIR CON UNA IDENTIDAD NUEVA Y UN SECRETO QUE LA AYUDARÍA A COMENZAR UNA NUEVA VIDA.



¿QUÉ TAL PRECIOSA?, ¿YA TIENES NUESTRO ENCARGO?



VOLVEREMOS MAÑANA. EL JEFE ESTÁ UN POCO IMPACIENTE Y ESO NO ES BUENO.

ASUMIÓ LA IDENTIDAD DE LA HIJA DE UN INGENIERO RUSO Y UNA CHILENA EXILIADA MUERTA POCOS AÑOS ANTES. A CHILE IRÍA PARA CONOCER EL PAÍS NATAL DE SU SUPUESTA MADRE...





PERO EN SANTIAGO LAS COSAS NO LE RESULTARON FÁCILES. OLGA NO HABLABA ESPAÑOL, HABÍA APRENDIDO ALGO DE FRANCÉS E INGLÉS TRABAJANDO DE CAMARERA, PERO NADA SABÍA DE NUESTRO IDIOMA. A PESAR DE LAS DIFICULTADES, LOS PAPELES ESTABAN EN REGLA, Y NO HABÍA RAZÓN PARA NEGARLE EL INGRESO...



UN JOVEN COMISARIO SE CRUZÓ CON ELLA EN EL AEROPUERTO Y QUEDÓ PRENDIDO DE SU BELLEZA, EL RESTO ES HISTORIA. AL POCO TIEMPO SE CASARON Y OLGA COMENZÓ UNA VIDA NUEVA LEJOS DE SU PAÍS Y SUS PERSEGUIDORES, PERO NADA DURA PARA SIEMPRE...



LA ENCONTRAREMOS, JEFE. Y LE PROMETO QUE SE ARREPENTIRÁ DE HABER NACIDO.

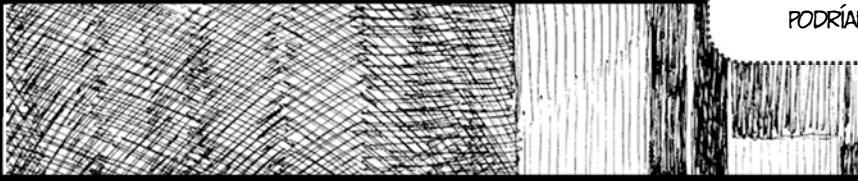


¡FANCY!, ¿DÓNDE DIABLOS ESTÁS? TE HE ESTADO BUSCANDO POR TODAS PARTES...



ESCÚCHAME MAX, TENGO MIEDO. UN BUEN AMIGO ME DIJO QUE UN PAR DE TIPOS ANDABAN BUSCANDO A UNA PRIMA RUSA, QUE ERAN SUS FAMILIARES Y QUE NO TENÍAN NOTICIAS HACE AÑOS DE ELLA.. EL ASUNTO ES QUE AL PARECER SON LOS MISMOS QUE ANDUVIERON DÍAS ANTES RONDANDO EL TALLER DE JUANJO..

Y A LOS POCOS DÍAS APARECIERON POR EL CAFÉ PREGUNTANDO POR MÍ. DON RENÉ LES DIJO DÓNDE PODRÍAN ENCONTRARME EN LAS MAÑANAS...



...POR ESO ME ESCONDÍ, Y EN LAS NOTICIAS ME ENTERÉ DE QUE UNA DE LAS CHICAS DEL BARRIO ESTÁ MUERTA...

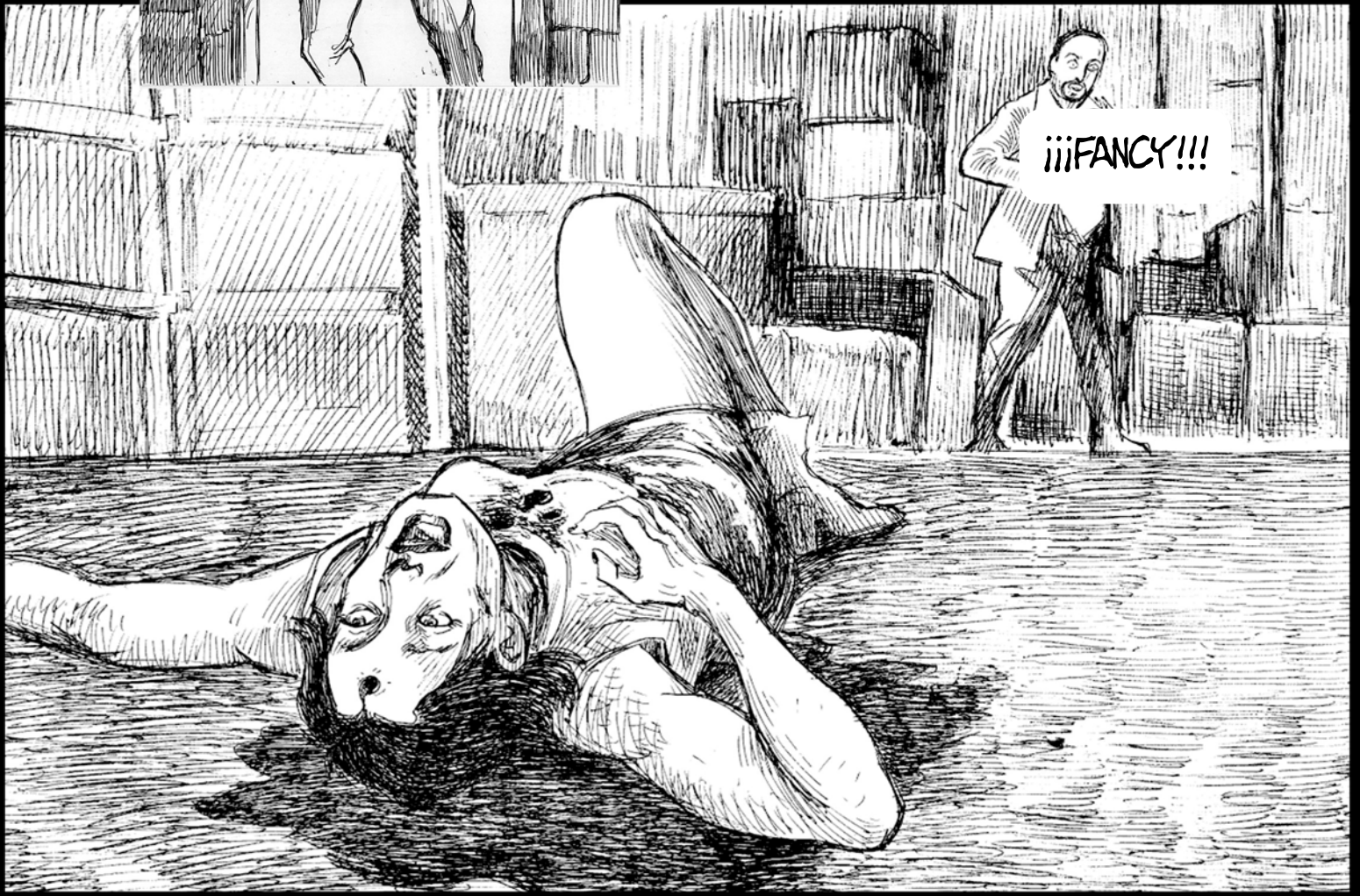
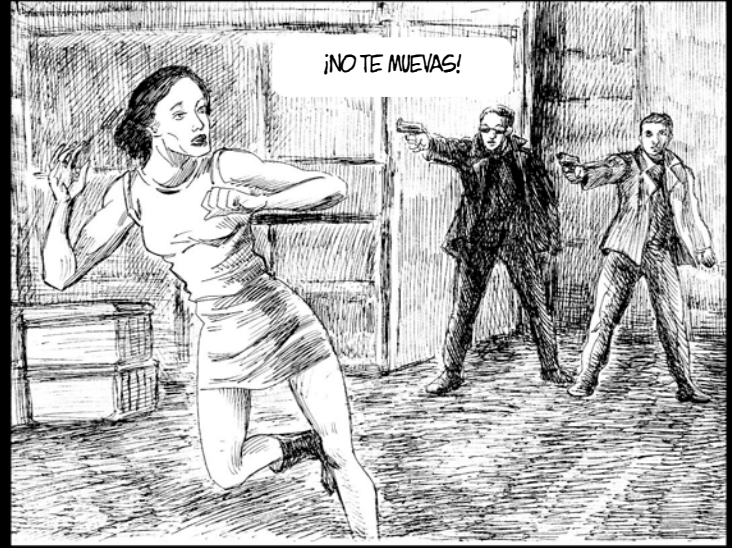


NO TE MUEVAS DE ALLÍ, FANCY. SALGO INMEDIATAMENTE PARA ALLÁ.

NI LOCA ME MUEVO DE AQUÍ,



¿MAX?



José Miguel Martínez



José Miguel Martínez es el autor de *El Tríptico de Granola*. Esta es su tercera publicación. Antes había publicado el libro de cuentos *El diablo en Punitaqui* y la novela *Hombres al sur*, ambos publicados por Tajamar Ediciones. José Miguel además de ser escritor, es arquitecto y vive junto a su familia en Puerto Varas. Respondió así a las preguntas de Juan Ignacio Colil.

— ¿Cómo surge la novela *El tríptico de Granola*?

—La idea surgió porque cuando publiqué *El diablo en Punitaqui*, mi primer libro, hace ocho años, me había quedado con la sensación de que mi escasa habilidad como narrador en ese tiempo no me había permitido contar otras historias que todavía tenía en mente sobre el gordo Granola, personaje principal de ese volumen de cuentos. El 2013 escribí una novela fallida titulada *Matar al gordo* que, aunque sacó una mención honrosa en los Juegos Literarios Gabriela Mistral, no funcionaba en su totalidad, tenía un tono irregular, un lenguaje concreto y a ratos melodramático que no me gustaba. En esa novela se narraba la vida de un asesino a sueldo joven, que tenía un padre enfermo al que cuidar, y al que le encargaban asesinar a Granola, una leyenda en la organización criminal a la que pertenecía. Ahí habían varios temas que, aunque mal escritos, volverían en la escritura del *Tríptico de Granola*, como las relaciones paterno-filiales, la compleja y disfuncional relación con el jefe, o la idea de un Granola retirado llevando una pizzería. Terminé por deshacerme de esa novela y cuatro años después, a comienzos del 2017, me tiré a escribir este nuevo libro, una novela compuesta por tres novelas breves donde el detective Bernalés —otro personaje que también salía en *El diablo en Punitaqui*— recopilaría, mediante una serie de

entrevistas, el testimonio de varias personas que darían su visión particular sobre el gordo Granola. Una hablaría de su origen familiar, por ejemplo, otra relataría a Granola enfrentado al amor, y otra hablaría de él como una leyenda en el oficio de matar, y así. Las tres novelas breves armarían entonces un rompecabezas de Granola, una suerte de perfil tridimensional de su figura. Fue a través de ese marco referencial, el de las entrevistas, que pude encontrar el tono que me permitió escribir el libro finalmente.

—En ella es evidente un homenaje a las películas de mafiosos y a los western clásicos, ¿qué es lo que te gusta de esos géneros?

—Los western y las películas de mafia son mis poteros fundacionales. Crecí viendo ese tipo de películas con mi padre, porque a él le gustaban, eran sus películas predilectas, gusto que él inculcó en mí por el simple hecho de verlas juntos. Considero esos géneros como una suerte de educación sentimental, y lo que me gusta de ellos tiene gran relación con esa herencia familiar-cultural, supongo, pero también en buena parte de ambos se encuentran los temas que más me interesa desarrollar en mi escritura: en el caso de las obras de mafia, el oficio del criminal, la pertenencia a un grupo que confiere identidad y conlleva

sus propias normas por sobre el sistema, y las relaciones de familia —la de sangre y la otra— signadas por la violencia. En el caso del western, la odisea de los colonos, la expansión territorial, el hombre contra la naturaleza, el duelo de cuchillos o pistolas como una forma de resolución, etc. Relatos arquetípicos que aparecen en todas las culturas y países; géneros que a su manera pueden abarcarlo todo. Haciendo una bajada concreta, los dos principales referentes del *Tríptico de Granola* fueron *Érase una vez en América* de Sergio Leone, película que narra la vida de un gángster interpretado por Robert De Niro en tres momentos — infancia, adultez y vejez—, además de la amistad/rivalidad jerárquica entre dos de ellos (los personajes de Granola y el Sr. Cavagnaro, quienes emulan la compleja relación de Noddles y Max Bercowicz en esa película), así como también *El asesinato de Jesse James por el cobarde Robert Ford* de Andrew Dominik, película donde se muestra la vida de una leyenda del viejo oeste desde los ojos de un otro: el joven y cobarde Robert Ford quien, a medida que transcurre la narración, comienza admirando a la leyenda de Jesse James para luego desencantarse con el personaje, una vez que lo conoce mejor. De la película de Leone tomé la estructura de tres tiempos; de la película de Dominik, un cierto tono elegíaco que rodea a las figuras míticas.

—El protagonista pareciera ser un sujeto sin ningún escrúpulo, pero en el proceso del libro se va mostrando como un tipo más profundo de lo que aparenta, incluso con arranques poéticos. ¿Por qué decidiste armar al personaje de esa forma?

—En *El diablo en Punitaqui* había mostrado a Granola como un personaje evanescente, que aparece desde el fondo, llevando a cabo actos abyectos y sanguinarios. En ese libro no se podía acceder a su psicología, tampoco a su biografía; la única forma de comprenderlo era a través de sus brutales acciones. En *Tríptico de Granola* sentí la necesidad de poner al personaje en la palestra y desarrollarlo en profundidad, mostrando justamente por qué era como era — desde sus orígenes genealógicos, hasta sus traumas y obsesiones, e incluso cómo era definido por el conjunto de sus relaciones personales—, pero también quería explorar la filosofía de su oficio como asesino. Siempre me ha gustado lo que dice Patricia Highsmith al respecto: que un asesino en ficción es una persona normal que trabaja matando gente, una persona que, en lugar de fabricar cosas, llevar una contabilidad, limpiar casas o vender objetos, asesina. «Normalmente no lo vemos así», dice Highsmith, «porque

para nosotros, que fabricamos cosas, llevamos contabilidades, limpiamos casas y vendemos objetos, el asesino está siempre fuera del circuito del trabajo, ya que se encuentra de raíz fuera del circuito de la ética, pero para escribir lo tenemos que convertir en ese ser que piensa, que pone el músculo y la herramienta al servicio de su obsesión, aunque mate». En ese sentido, me parecía un desafío lograr que un personaje así de monstruoso pudiera generar simpatía, o adquirir cierta belleza, en los ojos de alguien, porque me interesan las ficciones que logran incomodar al lector al producir esa empatía con un ser despreciable (acá pienso, por ejemplo, en Tony Soprano). En cuanto a los arranques poéticos del personaje: en la época en que escribía este libro estaba leyendo con mucho fervor la poesía de Jaime Sáenz, poeta boliviano que leí por primera vez el 2011 mientras viajaba por Bolivia. Al leer a Sáenz, se pueden percibir dos preocupaciones esenciales que marcan su existencia y su obra: la muerte y el alcohol. Ambas están muy ligadas y había algo allí —en el tono de Sáenz, en su respiración, y en la experiencia que estaba tratando de transmitir en su poesía, en cómo él atravesaba con las palabras el vacío de la noche— que era casi como un oficio existencial. Eso fue determinante en la escritura del *Tríptico de Granola*. Para Sáenz, el alcoholismo y la muerte fueron un camino hacia el conocimiento del mundo, una experiencia de revelaciones extremas, que sólo la poesía podía iluminar en toda su intensidad, y lo que yo quería hacer, de alguna manera, era transmitir esa misma experiencia pero desde el oficio de matar de Granola.

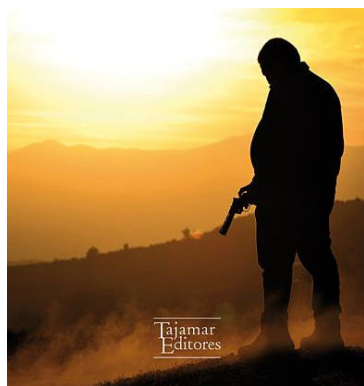
—Este es ya tu tercer libro, si no me equivoco. ¿Cómo ves el proceso de creación? ¿Te resultó más complejo? ¿La novela la planificaste previamente? En definitiva, ¿cómo es tu proceso de creación?

—Es el tercer libro, sí. Curiosamente no me resultó muy difícil escribir *Tríptico de Granola*: me sentí muy cómodo con el género de la nouvelle o relato largo, que sigo practicando al día de hoy. Y si bien fue un libro que planifiqué previamente, porque siempre estoy tomando notas en croquetas antes de lanzarme a escribir, no me demoré demasiado en el proceso de escritura misma, en lo que fue el primer borrador, que escribí durante el año 2017. En esto del proceso creativo adhiero a lo que dice Ricardo Piglia cuando plantea que el problema muchas veces no es armar la trama, sino encontrar el tono de un relato. Narrar es narrar en un ritmo, en una respiración del

lenguaje, dice Piglia, y cuando uno tiene esa música, la anécdota funciona sola. Pero volviendo al proceso de creación: lo primero que siempre hago es tomar notas, muchas notas de ideas que luego, porque al lanzarse a escribir a veces uno mismo se sorprende con los giros que toman los personajes o las circunstancias, desaparecen, o se modifican radicalmente. Un ejemplo de esto sería lo que me pasó con *El revólver de la familia*, el relato que cierra la novela. Originalmente su historia iba a ser una reescritura de *Matar al gordo*, la novela fallida del 2013: quería escribir sobre Giuseppe, el hijo de Granola, un muchacho que, al igual que el mismo Granola, no habría sido reconocido por su padre. Giuseppe iba a ser huacho: la idea original era hacer un reflejo con «Una genealogía» —el relato que abre el volumen—, donde un joven Granola va en busca de su padre para asesinarlo. En el caso de Giuseppe, que también iba a ser un sicario, le iban a encargar el asesinato de una leyenda del negocio, que terminaba siendo ni más ni menos que ese padre que no lo había reconocido al nacer. La historia de estos personajes, entonces, iba a estar representada por un cierto fatalismo que terminaba por repetirse, pero el asunto fue que, mucho antes de empezar a escribir esta historia, falleció mi padre y, unos meses después, nació mi hijo. Y entonces el modo de mirar, el instinto, cambió, inevitablemente, y con ello también cambió *El revólver de la familia*, transformándose en una cosa opuesta a la idea original que había anotado en una croquera.

—¿Qué estás leyendo ahora, o qué libro de los últimos que has leído te ha llamado la atención?

—Mis lecturas son una mezcla azarosa. El año de la pandemia revisité libros que había leído hace más de diez años, libros que en su momento me formaron como lector/escritor —Roberto Bolaño, Mario Levrero, Clarice Lispector, etc.— y obtuve de ellos una lectura muy diferente que la que había tenido una década antes, igual su relectura fue una confirmación del impacto que me produjeron la primera vez que los leí. Y en este último tiempo, en parte porque mi próximo libro a publicar será un volumen de cuentos de ciencia ficción, he estado leyendo muchas novelas y relatos de ese género: Philip K. Dick, Ted Chiang, Marcelo Cohen, Stanislaw Lem y los hermanos Strugatsky, entre otros. Sin embargo, la escritora que más me ha llamado la atención, por lejos, ha sido Úrsula K. Le Guin, autora de más de veinte novelas, cientos de cuentos, además de poemas, ensayos y traducciones (fue una de las traductoras de Gabriela Mistral en Estados Unidos). Sus obras de ciencia ficción tienen un vínculo inseparable con la antropología, lo que hace que sus mundos e ideas, cargados de sociología fantástica, sean al mismo tiempo narrativamente bellos como políticamente subversivos. **TN**



La pitonisa

Por Karel Čapek

Cualquiera que sepa algo del tema se daría cuenta que este episodio no pudo haber ocurrido ni en Checoslovaquia, ni en Francia, ni en Alemania, ya que en todos estos países, como ustedes están enterados, los jueces se ven obligados a procesar a los infractores y a sentenciarlos conforme al texto de la ley; y no según la perspicacia de su sentido común o los dictados de su conciencia.

Así, el hecho de que en esta historia haya un juez que, al dictar su sentencia fuera guiado no por la naturaleza de los códigos sino por su sano sentido común, se debe a la circunstancia que el incidente que estoy a punto de relatar no podía haber ocurrido en otra parte que en Inglaterra. En el hecho ocurrió en Londres, o para ser más preciso, en Kensington; no, esperen un poco, fue en Brompton o Bayswater. Como sea, cualquier lugar por allí. El juez era, en los hechos, un magistrado, y su nombre era Mr. Kelly, J.P. Había también una dama, Mrs. Myers.

Bueno, tengo que decirles que esta dama, que era por otra parte una respetable persona, llamó la atención del Detective-Inspector Robert MacLeary.

—Querida mía —dijo MacLeary a su esposa una tarde—. No puedo sacarme a esa Mrs. Myers de la cabeza. Lo que me gustaría saber es cómo se gana la vida esa mujer. Me figuro que aquí estamos en el mes de febrero, en pleno invierno, y ella ha enviado a su sirviente en busca de espárragos. Y he descubierto que ella recibe entre doce y veinte visitantes por día, que varían entre jornaleras y duquesas. Sé, querida, que probablemente me dirás que ella es una pitonisa. Posible, pero eso puede ser solo un biombo para ocultar otra cosa; digamos tráfico de drogas o espio-

naje. Trata de averiguar algo, quisiera llegar hasta el fondo de esto.

—Muy bien, Bob —dijo la excelente Mrs. MacLeary— yo me encargo.

Y así fue como ocurrió que al día siguiente Mrs. MacLeary, por supuesto sin su anillo de casada aunque por otra parte vestida de manera muy juvenil y con una mirada asustadiza en el rostro, tocó el timbre en la casa de Mrs. Myers. Tuvo que esperar un buen rato antes que Mrs. Myers la recibiera.

—Tome asiento, querida —le dijo la pitonisa cuando hubo inspeccionado profundamente a su tímida visitante—. Ahora dígame qué puedo hacer por usted.

—Yo, yo, yo —tartamudeó Mrs. MacLeary—. Mañana cumplo veinte años y me gustaría... Estoy terriblemente ansiosa por saber qué me depara el futuro.

—Pero, Miss —er, ¿cuál es su nombre por favor? —preguntó Mrs. Myers mientras tomaba un mazo de cartas que comenzó a barajar con bastante energía.

—Jones —suspiró Mrs. MacLeary.

—Mi querida Miss Jones —continuó Mrs. Myers—, no me malentienda. Yo no leo el futuro en las cartas, excepto de vez en cuando para complacer alguna amistad, como cualquier dama mayor lo hace. Coja las cartas en su mano izquierda y divídalas en cinco montones. Correcto. A veces leo las cartas como un pasatiempo, pero aparte de eso ¡pobre de mí! —dijo cortando el primer montón. ¡Diamantes! Eso significa dinero. Y la sota de corazones. Es una buena mano.

—Ah —dijo Mrs. MacLeary—, ¿y qué más?

—La sota de diamantes —siguió Mrs. Myers descubriendo el segundo montón—. El diez de espadas, eso significa un viaje. Pero aquí —exclamó—, veo bastos. Los bastos siempre significan preocupaciones, pero hay una reina de corazones en el fondo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Mrs. MacLeary, abriendo sus ojos tanto como podía.

—Diamantes de nuevo —meditó Mrs. Myers a la vista del tercer montón—. Querida mía, hay mucho dinero en custodia para usted; pero no le puedo decir si partirá en un largo viaje o si se trata de alguien cercano y querido para usted.

—Tengo que ir a Southampton a ver a mi tía— observó Mrs. MacLeary.

—Ese puede ser el largo viaje —dijo Mrs. Myers cortando el cuarto montón—. Alguien se va a cruzar en tu camino, una persona mayor.

—Espero que sea mi tío —exclamó Mrs. MacLeary.

—Bien, aquí hemos encontrado algo y no hay equivocación —declaró Mrs. Myers sobre el quinto montón—. Mi querida Miss Jones esta es la mano más favorable que he visto nunca. Habrá un matrimonio antes que acabe el año; un hombre joven muy rico se va a casar con usted. Será un millonario o un hombre de negocios porque viaja mucho; pero antes que se unan, usted deberá superar grandes obstáculos. Hay un caballero de edad mayor que se cruzará en su camino, pero usted debe perseverar. Cuando se case, se dirigirá a un lugar bastante lejano, probablemente al otro lado del océano. Mi tarifa es una guinea, para las misiones cristianas de ayuda a los pobres.

—Le estoy tan agradecida —declaró Mrs. MacLeary, sacando una libra y un chelín de su cartera—. Terriblemente agradecida, Mrs. Myers, una pregunta, ¿cuánto costaría sin todas esas preocupaciones que mencionó?

—Las cartas no pueden ser sobornadas —replicó ella con dignidad—. ¿Qué hace su tío?

—Es policía —respondió la joven con cara inocente—. Usted sabe, el servicio secreto.

—¡Oh! —dijo la vieja dama y sacó tres cartas del mazo—. Eso es desagradable, muy desagradable. Dígale a él, querida, que se halla amenazado por un gran peligro. Tiene que venir a verme para averiguar algo más sobre eso. Hay mucha gente de Scotland Yard que viene a visitarme para que les lea las cartas, y todos me dicen lo que tienen en sus cabezas. Sí, simplemente mándelo que venga a verme. Usted dijo que está en el servicio secreto. ¿Mr. Jones? Dígale que lo estaré esperando. Adiós querida Miss Jones. ¡La siguiente, por favor!

—No me gusta como luce esto —dijo más tarde Mr. MacLeary, rascándose el cuello reflexivamente—. No me gusta nada, Katie. Esa mujer estuvo demasiado interesada en tu difunto tío. Aparte de eso, su verdadero nombre no es Myers sino Meierhofer. Es oriunda de Lubeck. Me pregunto cómo podremos parar su jueguito. No me importaría apostar cinco a uno que ella sonsaca cosas de la gente que no son asunto suyo.

Mr. MacLeary decidió consultar con sus jefes. Aunque parezca raro, los jefes tomaron el serio el asunto de manera que la digna Mrs. Myers fue citada para presentarse ante el juez, Mr. Kelly, J.P.

—Bien, Mrs. Myers —le dijo el magistrado—, ¿qué es esto que he escuchado de sus lecturas del futuro con las cartas?

—Su Señoría, tengo que hacer algo para vivir. ¡A mi edad no puedo ir a los teatros de espectáculos y bailar!

—Hum —dijo Mr. Kelly—. Pero el cargo contra usted es que no lee las cartas adecuadamente. Mi querida buena señora, eso es tan malo como si usted diera a la gente tabletas de arcilla cuando pide galletas de chocolate. En retorno por el pago de una guinea la gente tiene derecho a una profecía correcta. Mire ahora, ¿qué es lo positivo de tratar de predecir cuando usted no sabe cómo?

—No son todos quienes reclaman —se apresuró ella en su defensa—. Vea usted, Yo pronostico las cosas que a ellos les gustan. La satisfacción que sacan de eso bien vale unos pocos chelines, Su Señoría. Y a veces estoy en lo correcto... Mrs. Myers, me dijo una señora, nadie ha leído nunca las cartas para mí tan bien como lo ha hecho usted y me ha dado tantos buenos consejos. Ella vive en St. John's Wood y está tramitando el divorcio de su marido.

—Mire para acá —la interrumpió el magistrado—, hemos conseguido una testigo contra usted. Mrs. MacLeary, cuente a la corte lo que ocurrió.

—Mrs. Myers me dijo que según las cartas —empezó Mrs. MacLeary con soltura—, antes de un año estaría casada, que mi futuro marido sería un hombre joven y rico, y que yo me iría con él cruzando el océano.

—¿Por qué precisamente a través del océano? —inquirió el magistrado.

—Porque salió el nueve de espadas en el segundo corte. Mrs. Myers dijo que eso significaba un viaje.

—¡Disparate! —gruñó el magistrado—. El nueve de espadas significa esperanza. Es la sota de espadas la que significa viaje. Y cuando se se saca con el siete de diamantes significa un largo viaje que posiblemente conduzca a algo que vale la pena. Mrs. Myers, usted no

puede embaucarme a mí. Usted profetizó a la testigo que antes de un años estaría casada con un joven rico. Pero resulta que Mrs. MacLeary ha estado casada durante los últimos tres años con el Detective-Inspector MacLeary, que es también una gran persona. Mrs Myers, ¿cómo explica ese absurdo?

—¡Dios mío! —dijo la vieja dama plácidamente—. Eso suele ocurrir de vez en cuando. Cuando esta joven me consultó estaba vestida con esmero, pero su guante izquierdo estaba roto. De modo que no parecía demasiado acomodada, aunque deseaba dar una buena impresión. Entonces dijo que tenía veinte años, pero ahora resulta que tiene veinticinco...

—Veinticuatro —exclamó Mrs. MacLeary.

—Es lo mismo. Bueno, ella quería casarse, lo que quiere decir que me hizo creer que no estaba casada. De modo que arreglé un conjunto de cartas para ella que significaran un matrimonio y un esposo rico. Pensé que eso se adaptaría al caso mejor que cualquier otra cosa.

—¿Y qué hay de los obstáculos, el hombre mayor y el viaje más allá del océano?, preguntó Mrs. MacLeary.

—Eso fue darle mucho por su dinero —dijo Mrs Myers torpemente—. Hay bastantes cosas que se pueden decir por una guinea.

—Bien, ya es suficiente —dijo el magistrado—. Mrs. Myers, no vale la pena seguir. La manera en que usted lee el futuro en las cartas es un fraude. Las cartas tienen algún sentido. Por supuesto, hay variadas ideas acerca de eso, pero si mi memoria no me engaña, el nueve de espadas nunca significa que habrá un viaje. Usted pagará una multa de cincuenta libras, de la misma manera que alguien que adultera alimentos o vende bienes inútiles.

Hay la sospecha, Mrs Myers, de que usted está también involucrada en espionaje. Pero no espero que usted admita eso.

—Eso es tan verdadero como que estoy parada aquí...

—No vamos a decir nada más. Sin embargo, ya que usted es una extranjera sin medios de subsistencia adecuados, la autoridad hará uso del poder del que está investida y se procederá a su deportación. Adiós, Mrs Myers y gracias Mrs. MacLeary. Debo decir que la predicción inadecuada del futuro es un negocio vergonzoso e inescrupuloso.

Alrededor de un año después el juez Mr. Kelly se encontró con el Detective-Inspector MacLeary.

—Bonito tiempo —dijo amablemente el magistrado—. A propósito, ¿como está Mrs. MacLeary?

Mr. MacLeary se veía muy malhumorado.

—Bueno, usted sabe, Mr Kelly —respondió Mr. MacLeary con un cierto embarazo—. El hecho es que me dejó.

—No me diga —replicó atónito el magistrado—. Una joven dama tan agradable además.

—Pues así es —gruñó Mr. MacLeary—. Un joven mequetrefe se prendó de ella antes que yo me percatara lo que estaba sucediendo. Es un millonario u hombre de negocios de Melbourne, Traté de hacerla desistir pero...

Mr. MacLeary hizo un gesto desesperanzado con la mano.

—Hace una semana se embarcaron en un barco hacia Australia.



(Traducción de Bartolomé Leal)



El escritor checo Karel Čapek es el padre de la expresión robot tal como la conocemos ahora. La usó por primera vez en su pieza teatral *RUR* (Robots Universal Rossum), aunque para los aficionados a la ciencia-ficción es ante todo el autor de *La guerra de las salamandras*, un hito del género. Los visitantes enteradillos suelen dejar robots de juguete junto a su tumba en el cementerio de Praga.

Foto: Autor desconocido, Dominio Público, vía Wikimedia Commons

Eufemismos mortales

De Shakespeare a Nixon

Por Helios Murialdo

Eufemismo: m. Palabra o expresión con que se sustituye a otra más grosera, impertinente, violenta o que se considera tabú.

Examinemos tres casos en que el personaje central, en vez decir «maten», elabora un eufemismo para decir lo mismo. Partamos con *La tragedia del Rey Ricardo II* de William Shakespeare.

El drama se desarrolla durante los últimos días del reinado de Ricardo II, vale decir, en 1399. El Rey había tomado varias medidas despóticas que lo hicieron tremendamente impopular entre la nobleza, hasta el punto que esta lo consideró un tirano. Con el apoyo de varios nobles poderosos, el primo del Rey, Henry Bolinbroke, a quien el monarca había despojado de su ducado y enviado al destierro, regresa de Francia y en un golpe de estado destrona a Ricardo II, asumiendo el reinado con el nombre de Enrique IV. Ricardo II es puesto en prisión desde



donde, en complicidad con algunos nobles adeptos, trata infructuosamente de organizar un contragolpe. Enrique IV se da cuenta de que ha llegado el momento de hacer desaparecer a su primo. Rodeados de sus adláteres, en palacio, exclama «¿Que no tengo amigos que me libren de esta amenaza viviente?» Ante esto, Sir Pierce of Exton, para ganarse la gracia del nuevo Rey, organiza y lleva a cabo el asesinato de Ricardo II.

Lo curioso es que Shakespeare puso en boca de Enrique IV una frase que se atribuye a Enrique II, quien, de

acuerdo a la historia, durante la pugna de poder entre el estado y la iglesia, en 1170, frente a un grupo de sus caballeros exclamó interrogativamente «¿Que no hay nadie capaz de libramme de este cura fastidioso?» refiriéndose al arzobispo de Canterbury, Thomas Becket. Cuatro caballeros, ansiosos de ganarse el favor del rey, salieron cabalgando hacia la residencia del arzobispo y el 29 de diciembre de 1170 asesinaron a Becket en la propia catedral.

Entre paréntesis, en este episodio histórico se basó T.S. Eliot (Thomas Stearns) para escribir su célebre *Asesinato en la catedral*, drama en verso, estrenado en 1935.

Ambos incidentes traen a la memoria una película sobre Benito Mussolini. En la escena pertinente, el Jefe de Policía entra a la oficina del Duce y le informa que dos de sus enconados adversarios políticos habían finalmente sido aprehendidos. El Duce, visiblemente aliviado y con una sonrisa de satisfacción congratula con entusiasmo al jefe por el excelente trabajo y luego vuelve la mirada a los documentos esparcidos sobre su escritorio. Entonces el jefe, excusándose por la nueva interrupción, le comunica que los prisioneros están en custodia en un regimiento y que espera sus órdenes acerca de qué hacer con ellos. En ese instante el Duce devolviéndole la mirada le contesta «Usted verá qué hacer con los prisioneros, para eso lo nombré a usted Jefe de Policía» al mismo tiempo que se pasa la mano derecha por el cuello, estirada y con los dedos juntos, de tal forma que con el dedo índice se roza el cuello y con el dorso de la mano el mentón. Luego, sin más explicaciones, vuelca de nuevo su atención sobre los



papeles que tiene enfrente. A pesar de ser un gesto, no cabe duda de que ha ordenado ejecutar a los prisioneros. Es por esto que deberíamos agregar a la definición de eufemismo la palabra «gesto». «Eufemismo: palabra, expresión o gesto que sustituye...». Claro, fue un gesto ambiguo. Siempre se podría argumentar de que se trataba de una simple caricia.

En ninguno de estos dos casos se podría haber acusado a los gobernantes de haber dado la orden de ejecución. Aún más, Shakespeare torció el argumento al límite cuando, al comunicarle Exton la muerte de Ricardo II, Enrique IV lo reprende severamente, como si jamás se le hubiese pasado por la mente la idea de asesinarlo (aunque reconoce que lo deseaba muerto).

El tercer caso tuvo lugar en Washington DC, pero está ligado a nuestra historia reciente. A pesar de la interferencia norteamericana, el 4 de septiembre de 1970 Salvador Allende fue elegido presidente de Chile. El hecho de que un candidato marxista hubiese sido elegido en elecciones libres y democráticas no tenía precedente en la historia.

Durante meses antes de la elección, el presidente norteamericano, Richard Nixon y el entonces Consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, habían estado tramando, coludidos con la Agencia Central de Inteligencia (CIA), contra la candidatura de Allende.



Como Allende no obtuvo la mayoría absoluta, de acuerdo a la constitución, le correspondía al Congreso elegir entre los dos primeros candidatos: Allende y Alessandri. El Congreso, debido a su mayoría demócrata-cristiana, habría preferido elegir a Alessandri. La tradición, forjada a lo largo de muchas elecciones presidenciales, dictaba, sin embargo, que el Congreso debía elegir al candidato que había obtenido más votos. Debido a este precedente histórico y presionado por la opinión pública, el Congreso se vio forzado a «ratificar» la voluntad del pueblo.

Ante estas realidades, la estrategia de la Casa Blanca consistió en desestabilizar la estructura democrática a fin de precipitar un golpe de estado por parte de las fuerzas armadas. La CIA entonces, decidió deshacerse del General René Schneider, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y un ardiente constitucionalista, que en ninguna circunstancia se prestaría a atentados golpistas. El plan concebido por la CIA, consistía en que los generales Camilo Valenzuela y Roberto Viaux lo raptaran y lo sacaran en avión a Argentina. El plan original falló y el rapto degeneró en el asesinato del Comandante en Jefe.

Nixon quería eliminar a Allende. Por supuesto que él, al igual que los reyes ingleses y Mussolini, no dio la orden de asesinato. El 15 de septiembre de 1970, en la oficina Oval de la Casa Blanca, Nixon le dijo a Richard Helms, director de la CIA, «no me importa qué riesgos haya que tomar; quiero que éste sea un trabajo completo; no se fije en gastos; no me importa cómo se haga; hay que deshacerse de Allende». Después de todo, como Cord Meyer, uno de los oficiales más cercanos a Richard Helms, escribió en su autobiografía *Facing Reality*, «el orgullo de haber sido escogido por el presidente para llevar a cabo una misión secreta importante balancearía con creces cualquier duda que uno tuviese sobre lo sabio de la decisión».

Aquí se usó la palabra «deshacerse» (*get rid of*: deshacerse, librarse, sacarse de encima, quitarse de encima). De los tres ejemplos es, tal vez, el menos eufemístico.

Allende no fue asesinado por la CIA en 1970. Las condiciones existentes hicieron imposible llevar a cabo la orden. El derrocamiento del gobierno y la muerte Allende no ocurriría hasta tres años más tarde. **TN**

TRAZAS NEGRAS

Puedes aportar a este proyecto haciendo una donación en nuestro sitio web www.trazasnegras.cl
Próximo número: Junio 2021